

Reseñas

Melanie G. WIBER. *Erect men. Undulating women. The visual imaginery of gender, «race» and progress in reconstructive illustrations of human evolution*, Waterloo, Wilfrid Laurier University Press, 1998. ISBN: 0-88920-308-3 [\$34.95].

No hay duda de que el estudio y debate sobre la evolución humana es uno de los más apasionantes y candentes del panorama investigador actual, no sólo por su interés científico o por su popularidad en los medios de comunicación, sino también porque representa una de las preocupaciones más profundas y de más larga tradición para los seres humanos, a saber, cuáles son nuestros orígenes como especie. Éste no es un asunto banal, desde el principio de la historia el origen del ser humano ha estado presente en todas las mitologías y en la conformación de los argumentos de todas las religiones. La apropiación de estos conocimientos y cómo se transmiten a la población, es decir, la articulación de mitos y leyendas, historias e hipótesis científicas suponen un instrumento tremendamente valioso para justificar determinadas actitudes y situaciones.

Asumimos como premisa básica que todo es comunicación y, por tanto, transmisión de información; en este punto, la creación y transmisión del conocimiento a través de textos e imágenes merece un análisis detallado. Centrándonos en estas últimas, hemos de reseñar la función educativa e informativa de las mismas, la representación de determinadas escenas o situaciones ha sido un elemento repetitivo en la conformación de la cultura desde las representaciones rupestres del paleolítico hasta los graffitis de la actualidad, pasando por los capiteles románicos con escenas bíblicas. En la mayoría de las ocasiones este discurso visual está apoyado por un discurso oral que «explica» esas imágenes, pero llega un momento en que debido a la repetición, el mensaje que se quiere transmitir está tan asumido por parte del receptor del mismo, que no siempre es necesario el apoyo de las palabras. Éste queda en la memoria colectiva, en el conocimiento tradicional que no necesita ningún tipo de crítica o explicación. Obviamente esto no es exclusivo de las representaciones visuales de las sociedades prehistóricas en sus primeros momentos, el conocimiento científico tiende a simplificarse para popularizarse de manera que se crean estereotipos que son fáciles de comprender y rápidos de identificar, y que pueden utilizarse de forma recurrente.

Melanie Wiber analiza en *Erect men. Undulating women* los distintos aspectos de la producción de imágenes referidas a la evolución humana; presta atención a varios factores fundamentales, en primer lugar reconoce que la producción de imágenes para cualquier tipo de texto se ve afectada por diversos agentes, entre ellos, la finalidad del autor del texto, la intención del ilustrador, la comunicación previa entre ambos, la interpretación por parte del receptor y variables tales como conocimientos previos sobre la materia, motivaciones religiosas o sociales, etc. La autora revisa las distintas teorías elaboradas para el estudio de la evolución humana y analiza la producción de imágenes derivada o relacionada con la misma y utilizada para apoyar la transmisión de este conocimiento. Wiber confiere especial atención al uso y manipulación de algunos conceptos como el de género y la «raza» (entrecomillado por la autora) o la idea de progreso dentro del marco evolutivo. Considera igualmente el manejo de colores, posturas, tamaños, etc., que son utilizados para que lo que se quiere transmitir quede plasmado de forma mucho más evidente. Este ejercicio ayuda a que la representación de los distintos géneros, edades o etnias en publicaciones especializadas, divulgativas o en los museos vaya más allá del simple recuento, reconociendo y poniendo de manifiesto las raíces y los valores que hay detrás tanto de la construcción como de la interpretación de las representaciones visuales del pasado.

En un primer momento el título del libro incita a pensar que el libro presentaría un amplio catálogo de imágenes que ilustren lo que la autora quiere poner de manifiesto. Sin embargo, creo que, aunque parezca una contradicción, la aparición de sólo dieciséis láminas no resta valor al análisis realizado ya que éstas son utilizadas como hitos en el desarrollo de un hilo conductor mucho más profundo que analiza ampliamente cómo se han ido conformando esas nociones.

El principal interés del libro es que sus páginas abren un amplio abanico de posibilidades para la interpretación y la reflexión sobre la transmisión del conocimiento, el concepto de identidad y la utilización de la representación del cuerpo humano como icono ideológico. Es un buen marco de referencia para analizar cómo desde la prehistoria se articula la investigación y se transmite el conocimiento para reforzar determinados rasgos de la identidad y potenciar algunas actitudes.

Por tanto, como ya he mencionado con anterioridad, el dominio del conocimiento y el control de la transmisión de imágenes referidas a la evolución humana son de vital importancia ya que está referida a algo tan importante para el ser humano como es su propia identidad. Identidad que procede de varias percepciones: como nos vemos a nosotros mismos, como queremos

aparecer ante los otros y cómo nos ven los demás. Pero este deseo no es individualista aunque pudiera parecerlo, es decir no representa la idea de un individuo frente al resto de la población, sino que más bien lo que se desea es pertenecer a un grupo determinado diferente al resto, un grupo que estará caracterizado por distintos elementos como son el género, la edad, la etnia, la religión o el estatus. A su vez, en cada individuo primará un elemento frente a los demás, aunque todos seguirán presentes para conformar su propia identidad. Ha sido este deseo de pertenencia y de identificación el que se ha utilizado para intentar conformar la sociedad y es curioso como ha colaborado en este diseño el análisis de la evolución humana, en el que se han basado conceptos tales como la familia, el progreso, la tecnología, la división sexual del trabajo, etc. Precisamente en un campo de estudio particularmente resistente a abandonar la ideología y el lenguaje androcéntrico y una de las pocas esferas en las que no ha calado el concepto de lo «políticamente correcto».

El primero de los elementos que se analiza es el de género. El estudio de la autora se enmarca dentro del interés que durante la década de los 90 se despertó entre las investigadoras anglosajonas y escandinavas por el análisis de las representaciones femeninas en las obras científicas y divulgativas en arqueología; numerosos estudios (1) pusieron de manifiesto que, por norma general, las figuras femeninas suelen aparecer en segundo plano, ocupando un lugar periférico, inactivas, y de menor tamaño que las masculinas. Este ejemplo es muy claro en la imaginería sobre la evolución humana, en la que todas las ideas preconcebidas acerca del papel preponderante, y en algunos casos fundamental, de los individuos masculinos han encontrado un magnífico elemento sustentador en las imágenes producidas.

Las propuestas más exitosas sobre la evolución humana se han basado en teorías sobre el «hombre cazador», es decir el individuo masculino que gracias a su actividad cazadora no sólo sustenta al núcleo familiar sino que además es

-
- (1) DOBRES, Marcia-Anne. Re-presentations of Palaeolithic visual imaginery: Simulacra and their alternatives. *Kroeber Anthropological Society Papers*, 1992, 73/74, 1-25. MOSER, Stephanie. Gender stereotyping in pictorial reconstructions of human origins. In: Hilary du Cros; Laurejane Smith (eds.), *Women in archaeology. A feminist critique*, Canberra, The Australian National University, 1993, pp. 75-92. HURCOMBE, Linda. A viable past in the pictorial present? In: Jenny Moore; Eleanor Scott, *Invisible people and processes. Writing gender and childhood into European archaeology*, London, Leicester University Press, pp. 15-24. MOSER, Stephanie. *Ancestral images. The iconography of human origins*, Sutton, Stroud, 1998.

el responsable de la fabricación de útiles, el desarrollo del cerebro, la adopción del bipedismo y el comportamiento social de los primeros humanos, en definitiva, él es el que resuelve los problemas de la evolución (2). Aunque muchas de estas teorías ya han sido criticadas y superadas y han surgido otras tantas sobre los diferentes roles de mujeres y hombres en evolución humana (3), la imaginaria popular aún sigue presentando al hombre paleolítico que arrastra por los pelos a la mujer como visión más recurrente. Esta divergencia en cuanto a la representación de mujeres y hombres se refleja no sólo en las ilustraciones de los libros científicos, sino que es aún más abundante y peligrosa en los libros de texto y de divulgación, donde, como dice la autora, la posible equiparación entre ambos sexos en el texto queda oculta en la representación en las imágenes. Esto queda apoyado además, con la utilización del pretendido neutro «hombre» para la descripción de la especie humana, neutro que debería ser especialmente puesto en duda cuando hablamos de evolución, pero que muy al contrario responde a la idea de la naturalización del género que es capaz de saltar hasta las barreras de las especies, incluso a pesar de que trabajamos con espacios temporales de milenios y con numerosas especies extintas de las que poseemos muy poca información.

Acudiendo a una pretendida objetividad de los estudios sobre las poblaciones prehistóricas, pronto se empieza a formar una imagen de referencia, una norma conformada por el individuo masculino, blanco, adulto y occidental. Frente a esto se articula la idea del «otro» que se forma por oposición, y en la que influyen no sólo el género sino otros agentes tales como la edad, la etnia, el estatus o la religión. Como consecuencia en las imágenes dedicadas a la prehistoria, los papeles de género van unidos a las imágenes del progreso,

-
- (2) Para analizar las razones del éxito de esta propuesta y su rápida aceptación que aún continúa en el mundo académico ver HAGER, Lori (ed.). *Women in human evolution*, London, Routledge, 1997.
- (3) DALHBERG, Frances (ed.). *Woman the gatherer*, New Haven, Yale University Press, 1981. HAGER, nota 2. MORBECK, Mary Ellen; GALLOWAY, Alison; ZIHLMAN, Adrienne. (eds.). *Evolving female: A life-history perspective*, Princeton, Princeton University Press, 1997. Véanse en el caso español los trabajos de QUEROL, M.^a Ángeles. El espacio de la mujer en el discurso sobre el origen de la humanidad. In: Paloma González Marcén, *Espacios de género en Arqueología*, [Monográfico de] *Arqueología Espacial*, 2000, 22, pp. 161-174; QUEROL, M.^a Ángeles; CASTILLO, A. *Entre homínidos y elefantes. Un paseo por la remota edad de la piedra*, Madrid, Doce Calles, 2002.

el uso de la contraposición naturaleza/femenino, cultura/masculino se usa en la evolución humana para contraponer lo salvaje a lo cultivado, lo primitivo a lo avanzado y así no sólo encontramos la oposición entre las imágenes de mujeres y hombres, sino que también observamos que cuanto más antiguos son los estadios de la evolución humana más parecidos a los monos y son representados con un aspecto más negroide, mientras que la evolución va acompañada de una occidentalización en las maneras y una mayor blancura en la tez. De manera que cualquier representación de un hecho considerado clave para la especie humana, es decir de todo lo que se considera progreso, ya sea la caza, la creación de obras artísticas o la participación en rituales, es representado casi sin excepción por figuras masculinas de piel blanca. Así cuanto más avanzado se es tecnológica y socialmente, más rasgos occidentales poseen las figuras y más probabilidades tiene el receptor de la imagen de sentirse identificado, elemento indispensable para atraer la atención del público.

Para apoyar la idea se recurre a imágenes de poblaciones ágrafas actuales, desde una consideración paternalista y colonialista por la que han sido observadas como calcos del pasado, sociedades estancadas en la prehistoria que están ávidas de «civilización». El propio concepto de evolución humana tiene mucho que ver con esta creencia. Convenimos con la autora en que la evolución no es producto de la búsqueda de la excelencia individual ya sea de mujeres o de hombres realizando actividades tales como la recolección o la caza, pero sí es cierto que esa es la visión que se nos ha ido transmitiendo mediante las representaciones visuales de la prehistoria, a través de esos momentos congelados del desarrollo de las primeras sociedades.

Pero hay además otro aspecto que me gustaría apuntar y que entronca con una nueva preocupación en el estudio de las sociedades prehistóricas y es el tratamiento del cuerpo. En nuestro cuerpo reflejamos la identidad, no sólo la que se conforma a partir de ciertos elementos fisiológicos como la edad o el sexo, sino también lo que se manifiesta a través de la vestimenta, los tatuajes, las modificaciones óseas, los adornos, las escarificaciones o el tratamiento ante la muerte. A partir de ahí debemos estudiar no sólo como determinadas personas quisieron que se les viera, sino también como se ha abusado de la representación del cuerpo humano para transmitir determinadas reglas de conducta desde una perspectiva presentista y occidental. Como ejemplo ilustrativo podemos destacar como la imagen de la mujer ha aparecido siempre reflejada en dos modelos que representan a su vez dos esferas de actuación referidas a su dependencia y relación con el individuo masculino, por un lado la sexualidad y eroticidad de su cuerpo y por otro su representación como cuidadoras o como madres.

Por lo tanto quienes investigamos debemos tener un cuidado extremo en la elección de los modelos que seleccionamos para representar nuestros resultados, debemos ser muy metódicos y conscientes de lo que supone la construcción, deconstrucción y reconstrucción de cuerpos que parten de contadas evidencias arqueológicas. Debemos considerar que mediante nuestra interpretación estamos transmitiendo nuestra consideración hacia los miembros más antiguos de nuestra especie y generando la del resto de la población; debemos tener en cuenta que el sentirnos identificados con ellos va a depender en gran manera de la representación de una mirada más o menos inteligente o de un gesto más o menos violento.

MARGARITA SÁNCHEZ ROMERO
Universidad de Granada

Jacques MALATERRE (realizador); Yves COPPENS (director científico); Juan Luis ARSUAGA (coordinador científico de la versión española). *La odisea de la especie*, Valladolid, Divisa Home Video, 2004, 90 minutos [9,95 €].

El objetivo de esta reseña no es diseccionar en busca de qué hay de verdad científica en *La odisea de la especie*. Se trata de explorar las interrelaciones que genera ese espacio de responsabilidad social que es la divulgación científica. Como trataré de argumentar a lo largo de este texto, la idea de la evolución (humana) de la que participan los autores de este documental es un proyecto en el que se busca la legitimación de una manera concreta de estar en el mundo en los actos fundacionales (1) y se proyecta un futuro basado en un discurso de la seguridad que no permita alternativas.

La odisea de la especie es un documental, en clave de hipérbole, sobre la evolución de los homínidos, la subfamilia en la que se incluye nuestra especie. Fue emitido por La Primera de TVE el 10 de junio a las 22:00 horas y existe una versión en DVD. Son alrededor de noventa minutos en los que se mezcla la infografía para los homínidos más antiguos con actores reales caracterizados como algunas de las especies descritas de *Homo*. A través de seis millones de años se efectúa un recorrido épico por las adquisiciones que los homínidos

(1) ELIADE, Mircea. *Aspectos del mito*, Madrid, Paidós, 2000, p. 85.

han ido incorporando hasta configurar la Humanidad actual. O más bien parte de ella. Como propone Donna Haraway «todo lo importante cambia» (2) o dicho de otro modo, centramos nuestra atención en aquello que hemos decidido que es importante a la hora de representarnos e identificarnos, y lo confundimos con el mundo —en un ejercicio de inconsciencia colectiva. Y en un ámbito como es el occidental no reacionista, la ciencia nos proporciona la seguridad que ya no permiten, al menos tan claramente, otros tipos de discursos como puede ser el religioso.

Pero, ¿qué nexo existe entre el debate científico actual en materia de evolución humana y lo que el documental nos muestra? Poco y circunscrito a los hallazgos de nuevas especies. Por lo demás se recorren una serie de lugares comunes plenos de prejuicios y que más que caracterizar a los grupos de australopitecinos y humanos parecen constituir un modelo de prácticas culturales predominante en occidente, las cuales están perdiendo terreno por el avance de otras formas de estar en el mundo y que por tanto necesita perentoriamente reforzarse. En este documental se entremezclan la familia, el poder, la autoridad, la política, la economía... Es un claro exponente del híbrido que palpita en cualquier producción científica (3), máxime en la divulgación. Pero, ¿en qué esfera de la realidad se sitúa este producto?

La evolución, a la luz de los conocimientos actuales, es fundamentalmente «descendencia con modificación» producida por imperfecciones en la transmisión de la información genética (4) y permite que unos individuos sean más compatibles que otros en determinadas circunstancias medioambientales y tengan más posibilidades de prosperar y transmitir sus modificaciones a la siguiente generación. Son escasos los científicos que tienen en cuenta la propuesta de Lamarck, secundada por el propio Darwin (5), de la «transmisión de caracteres adquiridos», es decir que el uso y desuso de un órgano implica su desarrollo o desaparición y que tales cambios producidos durante la vida de un organismo se legan a la descendencia.

(2) HARAWAY, Donna, J. La pugna por la naturaleza primate. *In: Donna J. Haraway. Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra-Universitat de València-Instituto de la Mujer, pp. 133-181.

(3) LATOUR, Bruno. *Nunca hemos sido modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Madrid, Debate, 1993.

(4) INGOLD, Tim. La evolución de la sociedad. *In: C. Fabian Andrew (ed.), Evolución. Sociedad, ciencia y universo*, Barcelona, Tusquets, 2001, p. 130.

(5) DARWIN, Charles. *El origen de las especies*, Barcelona. Círculo de Lectores, 1996.

El documental comienza de forma contundente: aparecen los primeros prehumanos, la faz de la Tierra cambiará. La carrera por su dominio ha comenzado y nosotros no somos más que el último exponente de algo inevitable y presente antes de la aparición de los humanos. Un primer rasgo dimana, el antropocentrismo. Los humanos se dibujan como seres exploradores cuya audacia y capacidad de superación ante la adversidad hace que se conviertan en iluminados que de la casualidad hacen necesidad. Por su parte el uso de la primera persona del plural, en la voz en *off*, evoca la idea de que todos participamos de la evolución humana, lo cual puede llevar a reforzar la percepción de la Humanidad como unidad. Aunque, en realidad, el objetivo de esta forma narrativa trataría de enlazar ciertos comportamientos del presente con el pasado con la intención de naturalizarlos.

Lejos de amilanarse, los responsables del documental se animan cuando proponen el origen del bipedismo. El *Orrorin tugenensis* hallado en Kenia es el primer candidato a ser homínido puesto que se levanta sobre sus patas traseras para ver, y una vez ahí tiene una segunda intuición: avanzar de pie. El esfuerzo y la superación personal son los que llevan a estos pioneros a contribuir al beneficio de la especie. Muy parecido a uno de los principios del liberalismo propuesto por Adam Smith: la suma de los esfuerzos individuales supone beneficio para la sociedad. De esta forma se trata de legitimar el discurso neoliberal, la ficción de que todos disfrutamos de los beneficios. Pero no sólo, la transmisión de caracteres adquiridos implica también la separación entre humano y naturaleza, porque ambos disfrutarían de mecanismos evolutivos diferentes. Ya no es necesaria la mediación de la cultura para diferenciarnos del resto de la naturaleza. El mero hecho de entrar a formar parte de la subfamilia de los homínidos los hace discretos, es decir, separados del resto de la naturaleza. Y si pasamos al ámbito de lo emocional, la novedad del bipedismo proporciona placer. Algo con lo que también la sociedad occidental gusta de representarse. La contemporaneidad de dos especies bípedas en diferentes zonas de África es el argumento que se esgrime para incidir en la lógica de la evolución de los homínidos: ¿cómo se habrá puesto de pie la especie centroafricana *Sahelanthropus tchadensis* hallada a más de tres mil kilómetros de donde se supone el origen de los homínidos? ¿Habrá llegado hasta allí la noticia o será pura coincidencia? Lo que diferencia a los homínidos es el sentido voluntarista de la evolución, porque frente al resto de especies que pueblan la Tierra los homínidos se caracterizan desde el inicio por tomar la iniciativa y ser responsables de su propia evolución, y todo ello aderezado con una capacidad de superación ante las hostilidades que implica una diferencia cualitativa respecto al resto de especies, y que implicaría una cierta continuidad con el discurso creacionista.

Una vez superada la primera empresa, el siguiente capítulo está dedicado a contar qué especie de australopitecino es la antepasada directa de los primeros humanos. Para ello recurren a una fábula. Lucy, la famosa *Australopithecus afarensis*, ha perdido a todo su grupo y anda indefensa ante los peligros acechantes. Ella sola no puede sobrevivir y se une a un grupo de *Australopithecus anamensis* con mayor tamaño corporal, con un bipedismo más conseguido — ¿habrán puesto más voluntad?—, más audaces y carroñeros. Para ser aceptada por el macho sólo tiene la opción de la sumisión y tal vez la seducción, y para serlo por el grupo tiene que acatar sus reglas. Finalmente, Lucy muere ahogada al tratar de cruzar un río. Esta misma fórmula se está convirtiendo en un lugar común en este tipo de documentales. La hembra indefensa tiene que buscar el cobijo de otra especie porque si no las posibilidades de supervivencia son nulas. Las hembras solas no son autónomas, lo cual puede ser cierto pero no lo es menos que un macho solitario tendría más o menos las mismas posibilidades de sobrevivir. También se percibe cierto componente androcéntrico en las alternativas que presentan para ser aceptada por un macho: sumisión o seducción. Y quizás también se evoque una visión desde el presente ante el temor a la pérdida de la identidad propia por las aportaciones de los foráneos.

El siguiente gran hito de la evolución humana se corresponde con la aparición de *Homo habilis*, por ahora el primer representante del género al cual nosotros pertenecemos. Sus inventos, en palabras de los responsables del documental, cambiarán nuestro destino. *H. habilis* presenta un cerebro más grande, y por tanto tendrá ideas más elaboradas. Pero no sólo. También son más audaces y atrevidos que los australopitecinos lo que les permitirá llegar más lejos. Se retoma de esta forma otro de los argumentos centrales del documental: el carácter exclusivo de la evolución humana.

Otro rasgo interesante en este documental es el tiempo narrativo de los procesos. En general todos los hitos, empresas, etc., elegidos como importantes, lo son para entender la evolución humana, pero también por lo general suelen aparecer con referencias temporales muy vagas e incluso inexistentes. De esta forma se transmite la sensación de un *continuum* o si se quiere de una dimensión del tiempo diferente a la del tiempo histórico y que se acercaría más al tiempo mítico. De hecho el recurso a digresiones con vocación de parábolas acentúa más si cabe esta percepción.

La acción se sitúa en uno de los momentos claves de la evolución humana. Al menos así lo percibimos los investigadores. El poder, las relaciones entre géneros, la jerarquía, la reflexión, la manipulación, la tecnología, la relación carne-cerebro como trasunto de la evolución de la inteligencia, son capacidades y habilidades que aparecen diáfanas en los *H. habilis*. Son como nosotros

pero a menor escala, aunque siempre con alguna diferencia. La solidaridad sólo se ejerce cuando existe una amenaza externa. Salvo por la cuestión de la poligamia (existencia de favoritas) asistimos a un proceso de naturalización de comportamientos con los que una buena parte de la sociedad occidental se representa. Y por supuesto aparece la idea de progreso puesto que una vez aparecido *H. habilis* la evolución es ya imparable. La evolución ha sido y será imparable con o sin la presencia de los humanos. Creo que hubiera sido interesante rebajar el grado de antropocentrismo, aunque entonces dejaríamos de ser los héroes de la evolución. Pero en este relato épico algunos son más héroes que otros. Me gustaría destacar que, al menos en este documental, las hembras de *H. habilis* tienen un papel semejante al del hombre a la hora de obtener los recursos. Pero a la hora de decidir es el macho viejo —«Habilis el viejo»— el que toma las iniciativas mientras los demás acatan. A pesar de que el invento de la primera herramienta se concede a un joven, el control de este primario medio de producción recae en «Habilis el viejo». La relación carne-cerebro también se está convirtiendo en un tema recurrente en la divulgación sobre evolución humana. La evolución biológica tiene su lógica y proponer que comer carne implica el crecimiento del cerebro es recurrir de nuevo a la idea de Lamarck, la transmisión de caracteres adquiridos. Claro que transmitir este modelo de evolución biológica parece ser uno de los objetivos de los responsables de este documental.

El siguiente paso se produce con la primera expansión fuera de África. Y de nuevo el carácter voluntarista emerge como posibilidad. ¿Será la presión demográfica, seguirán a los animales o será el espíritu de conquista? La respuesta a esta pregunta no es fácil, pero pienso que la tercera opción es descartable. Pero a los autores les interesa remarcar que el deseo de cambio y la volición están presentes en y desde los orígenes y no es un componente circunstancial de un momento cultural.

Para incrementar las percepciones de unidad y de identificación con la evolución se recurre también a los sentimientos. De esta forma se acercarán más a la Humanidad actual (o como ya he propuesto anteriormente a una parte de ella confundida con el todo). De nuevo aparece la hembra desprotegida que perece y cuya muerte causa hondo dolor en «su» macho. Volvemos a la concepción ahistórica de la evolución humana.

El siguiente capítulo se dedica a la vida cotidiana de un grupo de *Homo erectus* asiáticos, y tal vez sea la parte del documental donde el sesgo androcéntrico se comienza a percibir con mayor claridad. Estos humanos cada vez someten más a la naturaleza. Surge la familia mononuclear, el respeto a los padres y el cariño por los que los rodean. También nace el trabajo y la especialización del

mismo. Los machos cazan y las hembras recolectan. El macho viejo enseña a los niños a tallar la piedra (6). La sexualidad también cambia, nace el erotismo. La cópula ya no es tan fácil como antes y la seducción se ha refinado. Los genitales femeninos ocultos impiden saber al hombre cuando una mujer puede ser fecundada. El hombre tiene que desplegar sus artes amatorias para evitar que la mujer se niegue a copular. La seducción por las formas de la mujer y el timbre grave y profundo de la voz en el hombre se presentan como los referentes a la hora de buscar pareja. La mujer se configura como un ser doméstico y pasivo que busca en el hombre esa seguridad que le falta. Mientras el hombre se adentra en el exterior, aporta la tecnología y el alimento de calidad —la carne— e incluso muestra inclinaciones estéticas.

Con el descubrimiento del fuego ocurre algo parecido. Son los hombres los que lo someten contribuyendo de manera notable a la mejora de las condiciones de vida de toda la Humanidad. El pensamiento liberal más clásico de nuevo a la palestra, reforzado por el uso de la primera persona del plural —nos levantamos, descubrimos, etc.

La última parte del documental nos traslada a Europa y los protagonistas son los neandertales y su posterior desaparición cuando llegan los humanos anatómicamente modernos. El paradigma sobre el origen de los humanos anatómicamente modernos sitúa el escenario en África y las diferencias interpretativas se centran en los posibles contactos y flujos con poblaciones preexistentes. Por eso, algo que ha llamado poderosamente mi atención son las dudas que se plantean sobre el lugar de origen de los humanos anatómicamente modernos. ¿Por qué se retoma en este documental una propuesta sobre el origen poligenético de la Humanidad actual? Quizás se trate de un rebrote de racismo científico que utiliza como recurso la indignidad de África como cuna de la Humanidad.

En esta parte los responsables se debaten entre una caracterización diferente y otra similar de los neandertales respecto a los humanos anatómicamente modernos. Rostros desfigurados, dientes ennegrecidos o movimientos exagerados los alejarían de nuestra especie. Pero a la vez se comportan de manera envidiosa y tienen ansias de poder. Lo que no varía es la posición prepotente de los humanos sobre la naturaleza ni el rol pasivo de la mujer. En este sentido

(6) Para más detalles críticos sobre este modelo redundante en Prehistoria ver SANAHUJA YLL, María Encarna. *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*, Madrid, Cátedra-Universitat de Valencia-Instituto de la Mujer, 2002.

cabe destacar la escena en la que el jefe del grupo es matado por un oso en parte gracias a la pasividad de otro de los miembros del grupo que hace poco por ayudar a su compañero en un lance con un oso. Esto implica que la mujer del jefe fallecido se queda sola y con la única posibilidad de emparejarse con el nuevo jefe, como si de gorilas se tratara.

Los neandertales son inteligentes y sensibles, pero a la vez son brutos, salvajes, antropófagos. Cuando se encuentran ante una novedad utilizan el olfato para tomar contacto con ella —signo de animalidad— mientras los humanos anatómicamente modernos se muestran más tranquilos y utilizan su inteligencia. A la hora de vestir, en la tecnología y físicamente también son diferentes. O mejor dicho, menos evolucionados. Y si la evolución se confunde con el progreso es fácil deducir que su marginalidad provocó su extinción. Podría decirse que nace la globalización en el sentido de homogeneización y triunfo del modelo neoliberal, de discurso único latente y encapsulado en una presunta verdad inherente a la ciencia. Los autores recurren a poner en la mente de los primeros humanos anatómicamente modernos estos epítetos y características que han formado parte de la imagen que buena parte de la historiografía sobre neandertales ha producido, y que se ha utilizado profusamente como recurso para marcar una nítida diferencia entre «nuestro» pasado y «nuestro» presente (7). Y de «nuestro» pasado nos interesa rastrear aquellos cambios que aún permanecen. Pero en este documental el proceso, como ya he comentado, es el inverso en pos de la naturalización de comportamientos de una parte de la sociedad occidental.

La versión en soporte DVD incluye un *making off*, *La odisea de la especie entre bastidores*. En ella se narran diferentes aspectos del rodaje e incluye declaraciones del realizador y del director científico. El primero, Jacques Malaterre, sentencia: «Nuestro trabajo comienza allí donde la ciencia no tiene respuestas». Pero siempre sobre el sustrato científico que abona a la ficción para producir un efecto verdad al que contribuye el realismo de las imágenes. Por ello resulta hartamente complicado para personas que no estén avezadas en materia de evolución humana y/o en el análisis crítico de la realidad distinguir dónde termina la supuesta verdad científica y comienza la aportación artística.

Una de las características de este documental es la escasa referencia a los contextos. El espacio, el tiempo, mucho menos el momento en el que se

(7) STRINGER, Christopher; GAMBLE, Clive. *En busca de los neandertales. La solución al rompecabezas de los orígenes humanos*, Barcelona, Crítica, 1996.

produce una hipótesis, no tienen apenas cabida, lo cual contribuye, entre otras cosas, a transmitir una percepción universal de la evolución. Pero universal confundida con una percepción concreta, la de sus autores porque muchas de las cuestiones propuestas no constituyen un consenso científico en la actualidad. Ahora bien, bien hiladas ayudan a configurar a la Humanidad de una manera determinada. A ello también contribuye el frenético ritmo impuesto por tener que comprimir en noventa minutos tanto debate como el que la evolución humana genera. Pero hay ideas subyacentes que están presentes al margen del soporte y del tiempo del documental. La presencia de escenas en las que se representa el ejercicio del poder en exclusiva, la visión de la mujer como a veces actriz secundaria, a veces mera espectadora, la tecnología como factor principal del progreso, la ciencia como verdad, el alejamiento y el dominio de los humanos sobre la naturaleza, un concepto teleológico de la evolución humana, la familia mononuclear, la jerarquía, la representatividad pergeñan un interesante híbrido.

Parece obvio que la ciencia, como sustitutivo de la religión en la función social de proporcionar seguridad a los humanos, tenga que adoptar algunas de sus formas, como por ejemplo la adopción de una retórica fuerte, sin fisuras, que limite los efectos de una evidencia débil (8). Pero eso es un deseo que a veces impide la necesaria autocrítica. Las fisuras existen y se rellenan de prejuicios, y si éstos son semejantes a los de los destinatarios resultan perfectamente creíbles y elevados a la categoría de verdad por la mediación de la ciencia.

En la *Odisea*, Homero narra un *nostos*, concretamente el viaje en el que un grupo de combatientes en la guerra de Troya encabezados por Ulises se enfrentan a una serie de empresas arriesgadas. El regreso a los orígenes no resulta fácil. Y de tal dificultad dimana, en parte, la consideración como héroe del protagonista. Trasladado al ámbito de la evolución humana, los responsables del documental *La odisea de la especie* narran las vicisitudes de la Humanidad para alcanzar ese estatus intermedio que es el héroe y que nos situaría entre los dioses y la naturaleza. Una vez muertos los dioses, una parte de la Humanidad ocupa su trono en sustitución de la Humanidad misma.

JUAN MANUEL JIMÉNEZ ARENAS
Universidad de Granada

(8) LATOUR, nota 3, Parte I.

DEBRU, Armelle; PALMIERI, Nicoletta; JACQUINOD, Bernard (eds.). «*Docente natura*». *Mélanges de médecine ancienne et médiévale offerts à Guy Sabbah*, Saint-Étienne, Université de Saint-Étienne, 2001, pp. 329. ISBN: 2-86272-230-8 [30 €]

Esta obra en honor del conocido latinista Guy Sabbah, parte de cuya valiosa labor investigadora ha estado dedicada al estudio de textos médicos latinos, reúne aportaciones de discípulos y amigos. Se trata de quince estudios de corte filológico que discuten problemas textuales en las obras de diversos autores mayoritariamente de la antigüedad, analizan referencias a autoridades médicas o a cuestiones de carácter médico en la producción literaria de otros, y examinan la terminología empleada para nombrar distintas funciones y elementos. En esta última categoría se encuentran tres artículos que abordan, respectivamente, los usos lexicográficos latinos sobre la producción de voz y sobre la respiración, y la terminología griega para los antidotos. En los ensayos dedicados al análisis de cuestiones textuales se examinan algunos pasajes de obras como la *Historia natural* de Plinio, el tratado veterinario de Nemesio, la correspondencia epistolar entre Frontón y Marco Aurelio, el libro III de la obra de Aretaeus y las *Composiciones* de Escribonio Largo. Algunos de ellos ofrecen nuevas interpretaciones o dan a conocer algunos elementos que no habían sido señalados con anterioridad. Si bien ninguna de estas aportaciones supone una contribución fundamental para nuestro conocimiento de los textos estudiados, su valor reside en aportar pequeñas pero sólidas contribuciones al estilo de las que durante los últimos treinta años han ido consolidando lo que hoy sabemos sobre la medicina antigua, y sobre su evolución y transmisión a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento.

Pero antes de pasar a valorar la validez de la filología como instrumento interpretativo para la historia de la medicina, me gustaría proseguir con un repaso sucinto al contenido del resto de los artículos. Uno de ellos discute la influencia del metodismo en Cassius Félix, y otro ofrece unas correcciones a los comentarios alejandrinos sobre Hipócrates y Galeno. Del mismo modo, otro ensayo aporta también algunas observaciones sobre los comentarios a Galeno, esta vez de los comentaristas de Rávena. Además, contamos con una relectura de las referencias a Hipócrates y Galeno en los escritos de Jerónimo, notas sobre la disección de un elefante por Galeno, y los consejos sobre preparados para calmar a un paciente ofrecidos por un miembro de la Universidad de París de fines del siglo XIV y principios del XV. De esta relación se desprende que el contenido de los artículos comprende un amplio espectro de temas, si bien todos ellos tienen en común el estar basados en el análisis

filológico de textos, como no podía ser de otra manera tratándose de un homenaje a Guy Sabbah.

Como filóloga no puedo menos que congratularme por la publicación de un trabajo de este tipo, ya que soy consciente de la aportación inapreciable para la historia de la medicina que se ha hecho desde la filología. No a través de descubrimientos espectaculares y definitivos, sino de la labor modesta, con frecuencia lenta, a menudo ingrata, de ir fijando textos y descubriendo cómo se produjeron y transmitieron, haciéndolos accesibles a otras y otros historiadores y contribuyendo a nuestro conocimiento de cómo se elaboró y se transmitió el saber médico de la antigüedad. Sin embargo, la filología como campo del saber tiene sus limitaciones. ¿Qué disciplina no las tiene? Se le ha reprochado con frecuencia la aridez en los planteamientos y en la exposición de argumentos, la tendencia al exclusivismo que parece caracterizar a algunos círculos filológicos, la supuesta ausencia de un objetivo claro en los trabajos de investigación que a veces parecen no llegar a ningún sitio, sino que se justifican en sí mismos. He oído estos argumentos de boca de historiadores en muchas ocasiones y si, en general, me parecen con frecuencia injustos, he de reconocer que parte de la responsabilidad de esta imagen se debe a la actitud y a los planteamientos metodológicos que se observan en parte de las publicaciones e intervenciones públicas (congresos y conferencias) de algunas y algunos filólogos.

Esta reflexión es perfectamente aplicable a este volumen. Todos los trabajos presentados en él demuestran una calidad indiscutible, a veces regada de erudición. Pero erudición no es siempre sinónimo de trabajo bien hecho o de resultados interesantes y significativos. En general, las autoras y autores de los artículos no han parecido tener en cuenta a otros lectores más que a sus colegas especialistas en el tema. Algunos ensayos están repletos de abreviaturas difíciles de interpretar si no se está familiarizado con la especialidad (incluso para filólogos de otras especialidades) y las citas en latín y griego, imprescindibles cuando se tratan cuestiones textuales, no han sido acompañadas de traducción, incluso cuando algunas se presentan como el principal argumento esgrimido. Estos aspectos no sólo hacen ardua la lectura, sino que excluyen a todas y a todos los que no posean conocimientos amplios de latín y griego, e invalidan la que, para mí, es una de las funciones fundamentales de la filología en relación con otras disciplinas, la de hacer accesible las fuentes escritas en lenguas cuyo conocimiento está poco extendido. En un par de ocasiones, a pesar de la erudición demostrada por el autor, el artículo no parece dirigirse a ningún sitio, limitándose a dar una lista de datos, sin ofrecer ningún tipo de análisis o de conclusión que justifique el estudio.

Esta no es, sin embargo, la tónica general del volumen. Algunos artículos me han parecido muy interesantes, con planteamientos metodológicos novedosos e, incluso, de lectura amena. En general, el libro posee una gran calidad y se presenta como un instrumento de trabajo válido para filólogos especialmente, pero también para historiadores de la medicina.

CARMEN CABALLERO NAVAS
Universidad de Granada

Chiara CRISCIANI. *Il papa e l'alchimia. Felice V, Guilielmo Fabri e l'elixir*, Roma, Viella, 2002, 217 pp. ISBN: 88-8334-079-5. [19 €].

Siempre es agradable saludar que Chiara Crisciani siga dando continuidad a un largo y fructífero trabajo. En esta ocasión lo hace como la décima publicación de una serie agrupada en forma de colección. La misma, titulada «La corte dei papi» y dirigida por Agostino Paravicini, viene dando cobertura histórica a varios aspectos de la Curia Romana durante la Edad Media y Moderna. Desde el nepotismo hasta el análisis de los rituales, la variedad temática no podía excluir a la alquimia.

Aprovechando la oportunidad que presenta el estudio, edición y traducción al italiano de un texto inédito latino en la segunda parte del libro (el *Liber de lapide philosophorum* de Guilielmo Fabri de Die, escrito en 1449), Chiara Crisciani nos hace tomar conciencia previamente de la importancia con que debemos considerar la situación de la alquimia a mediados del siglo XIV. Siete capítulos iniciales nos ponen magistralmente en situación. Y la misma no es otra que un hecho histórico que, por conocido, no deja de ser llamativo. En apenas dos siglos la alquimia cristiana ya ha adquirido la entidad cultural suficiente como para ser tratada históricamente en el siglo XIV, que es lo que hace Fabri en su texto.

Este importante hecho es reflejado por la profesora Crisciani en los capítulos introductorios. Pero además, el discurso expositivo usado permite a la autora sacar a la luz algo realmente magnífico y, dada su rareza y escasez en la historia, delicioso. Con el texto de Fabri en la mano, podremos observar la feliz convivencia entre una alquimia pasada y otra alquimia presente. Lo histórico y lo actual simpatizaban de forma viva en la Baja Edad Media. Así, el autor engalana un saber, un conocimiento plenamente vigente gracias a su trayectoria anterior.

En el primer capítulo (L'alquimia in Occidente nel medioevo) se exponen las ideas de dos «padres de la alquimia medieval cristiana». Tanto Alberto Magno (1193-1280) como Roger Bacon (1211-1294) definieron y orientaron el camino por el que la alquimia discurriría posteriormente. Bacon puso en vigor la idea de que la alquimia es una ciencia, la ciencia de la generación y que la práctica alquímica tiene por finalidad la preparación de un agente perfecto. Dicho agente, además, podía transmitir su perfección a otras cosas, ya sean éstas orgánicas o inorgánicas. Con unas estructuras epistemológicas similares a la medicina, tales como tener una parte teórica y otra práctica, basadas ambas en la razón (de aquél tiempo), la tradición y la experiencia, la alquimia del siglo XIV quedaba a la misma altura que otros tipos de saberes. Tal es la idea que también expusiera a finales de dicho siglo Petrus Bonus de Ferrara en su *Pretiota Margarita*.

En el segundo (*Doctrine alchemiche*), se adentra en cómo se va definiendo la existencia de un agente de transmutación. Según la teoría del elixir universal, todo procedía de una sustancia original, homogénea, que a través de procesos varios había dado lugar a los cuatro elementos. Este quinto elemento incorruptible se hallaba en todos los organismos terrestres, dado que era el precursor de los cuatro elementos corruptibles. No se tiene conocimiento cierto de quién enunció esta idea por vez primera, pero ya aparece descrita en 1220 por Robert Grosseteste, que la hacía originaria de los supuestos alquímicos. Posteriormente fue Roger Bacon (1211-1294) quien postuló la teoría de que todos los cuerpos tenían un mismo origen en una única sustancia, no identificable con ninguno de los cuatro elementos, sino origen de todos. Se origina así la primera idea que conduce a la posible existencia de un fármaco perfecto: si todos los cuerpos procedían de una sola sustancia incorruptible, sólo había que hallar la manera de alcanzarla para poner fin a la degeneración y muerte causada por los cuatro elementos corruptibles. Las propiedades que se atribuyeron al oro-metal hicieron que pronto dejase de ser visto como tal y se pasase a considerarlo una maravilla natural accesible y, sobre todo, capaz de traspasar todo o parte de su carácter maravilloso al hombre.

La asimilación de propiedades terapéuticas al concepto alquímico de elixir es un proceso dilatado a lo largo de los siglos XIII y XIV. La primera mención aparece en el *De anima in arte alchemiae*, obra atribuida a Avicena (980-1037) y que ejerció gran influencia en todos los autores latinos que trataron el tema después. El origen de la obra es oscuro. Parece ser que aparece en la España del siglo XII y se traduce al latín en 1235, aunque todavía no se ha podido identificar el original. En el capítulo séptimo de la obra *De anima* aparecen recogidas las diversas definiciones del término elixir. Entre ellas, destaca la

que lo define como la mezcla de sustancias de origen mineral con sustancias orgánicas que, en virtud de operaciones alquímicas, terminan confeccionando una capaz de transformar metales en oro. En textos de Avicena, como los *Cánones* o *De viribus Cordis*, queda reflejado el empleo farmacológico del oro, que recogiera más tarde Johannes de Rupescissa. Este tratamiento es sobrio y neutro aunque no se deja de considerar al oro como un fármaco especial.

Avicena pudo influenciar a Bacon, concretamente en su texto *De anima*. En cualquier caso, Bacon combinó elementos orgánicos (sangre, orina, pelo) para preparar el elixir. Lo mismo hará Rupescissa en el siglo XIV y lo mismo se dirá en el texto pseudoluliano *Liber de investigatione*. Pero Avicena escribe mucho más acerca del oro como medicamento en sus *Canon medicinae*. Aquí el oro en limaduras es usado contra la melancolía y como colirio para los ojos, además de los dolores del corazón. Pongo estos ejemplos porque durante muchos siglos después el oro recibirá un uso terapéutico centrado exclusivamente en remedios externos. Y Avicena ya otorga propiedades curativas al oro en tratamientos internos, base de lo que llegará a ser el futuro oro potable típico del siglo XVII, el de consistencia líquida.

A partir de la obra pseudoaviceniana se originan tres vías interpretativas del concepto de elixir. Por una parte, aquellos autores que consideran el elixir formado por sustancias orgánicas e inorgánicas. Por otra, los que sólo consideran las sustancias orgánicas como materia prima del elixir. En tercer lugar, se encuentran aquellos autores que consideran el elixir formado exclusivamente por sustancias de origen mineral. Las obras clave de esta tercera vía interpretativa, mayoritariamente aceptada, son el *Testamentum* pseudoluliano y el *Rosarius philosophorum* pseudoarnaldiano, que destacan, no tanto por la doctrina relativa a su composición, cuanto por su utilización. En efecto, en ambos textos aparece la afirmación explícita de que el elixir tiene un doble objetivo: es el agente de la transmutación, obtenido con operaciones estrictamente alquímicas efectuadas sobre minerales, metales y sus derivados, así como un fármaco capaz de curar cualquier enfermedad y obtener efectos maravillosos sobre todos los reinos de la naturaleza. Pero todo ello dentro de la disciplina alquímica, aunque sin negar que el resultado de la práctica sea de orientación medicinal.

En el tercer capítulo (*Alchimia domun Dei*. Tra religiosità e Chiesa) se deja constancia del interés que la Iglesia mostró hacia las nuevas ideas alquímicas, las cuales hicieron que quedaran depositadas en el propio seno del catolicismo. Frente al engaño herético, un grupo de intelectuales, como Bacon o Pietro Bonus de Ferrara, daban dignidad, como hemos dicho arriba, a un arte susceptible de ser convertido en ciencia.

En el cuarto (Felice V, Gulielmo Fabri e il *Liber de lapide philosophorum*), intercalado muy adecuadamente en el desarrollo histórico que hace la profesora Crisciani, se pone en relieve el entorno, el «mundo» que envuelve al texto que traduce al final.

Pero hasta en la generalización de la quintaesencia como una *especie* química encontramos diferencias. Rupescissa asienta que el proyecto de trabajo y la finalidad del operador son algo único y se realizan también por un camino singular. Él quiere dejar claro que la quinta esencia del vino incrementa las virtudes terapéuticas de un oro preparado artificialmente. Por ejemplo, el alcohol obtenido al destilar el vino y que preserva de la corrupción a las sustancias orgánicas. Esto es lo que diferencia a Rupescissa de la ortodoxia alquimista, y por ello será discutido, no sólo por alquimistas, sino también por médicos, como Guillermo Fabri de Die.

Fue Fabri el exponente de aquellas personas que estaban atravesando esta fase del desarrollo del pensamiento, no sólo científico, sino podríamos decir que humano, sin considerarse a sí mismo como un alquimista propiamente dicho. Aún a riesgo de ser calificado como un *médico vulgar*, tal y como se hacía en sus tiempos a los que se salían de la ortodoxia, y basándose en Arnau de Vilanova, decía ser un entendido en «otro tipo de Medicina», y la especificó: aquélla que trataba de remediar los defectos de una incómoda vejez, tal y como ya habló de ella el propio Arnau de Vilanova. El atractivo de Fabri es que su texto, dirigido al Papa Félix V, contiene un avance espectacular en la visión de la alquimia. El Papa no pudo ver cómo el galenismo era capaz de corregir la artritis de sus manos y decidió entonces recurrir a otras medicinas. Este momento fue aprovechado por Fabri para presentar al Papa las excelencias de la Medicina alquímica. Para ello, recordemos que estamos en la mitad del siglo XV, Fabri elabora ya, como hemos dicho, toda una historia de la alquimia cristiana. Apenas doscientos años después, tres ilustres predecesores como Arnau de Vilanova, Ramón Llull y Juan de Rupescissa han conseguido al milagro de que alguien trate a la alquimia de forma histórica.

En los siglos XIV y XV ocurrirán varios hechos importantes para nosotros. Aparecieron nuevas enfermedades y se sucederán las epidemias, como la Peste Negra. Los médicos ejercían su oficio y cobraban un papel importante. Pero sus resultados, los remedios que aplicaban los médicos no pudieron tomarse como válidos después de muchos fracasos, especialmente en las epidemias. Estos fracasos pudieron provocar que se cuestionase su utilidad, lo que implicaba dudar de sus soportes mentales. Es entonces cuando se estudia la forma de obtener resultados ajenos a la Medicina oficial. Se deseaba que hubiera un medicamento que pudiera dar salud, habría de ser mejor y distinto de los de

los galenistas. Se pedía algo distinto. Nada mejor que el oro potable, aquello que contiene la vida extraída de su depositario más excelso, el oro, y adaptada a nuestro organismo, quien será el nuevo depositario de esa fuente de vida.

Tomando como referencia la teoría de los cuatro elementos de Aristóteles, Fabri flirtea con la idea de la transmutación metálica, no sin dejar de mencionar todas las afinidades ancestrales del oro que ya hemos citado antes. Además, Fabri no es que trate de demostrar la corrección de los filósofos cuando se acercaban a estudiar estas cuestiones, cosa que parece dejar ya por asentada en su tiempo. Él se «entretiene» en una actitud que desprende la idea de la transmutación y de la fabricación del oro potable como si fuera un *arte*, cuestión tratada por la autora en el quinto capítulo (*Transmutazione ed etica*). Para ello pone ejemplos contemporáneos y redundante en el carácter operativo de dicho arte, frente al especulativo o al mágico. Esto es muy interesante, ya que será este mismo carácter, el operativo, el que finalmente predomine en la historia del oro potable de la Edad Moderna. Por supuesto, no hay ni que decir que era un seguidor de Ramon Llull, de ahí que la profesora Crisciani dedique a Llull el sexto capítulo (*La «legenda» di Lullo e l'oro potabile*).

Por otra parte, Fabri también deja asentado que el elixir es el punto culminante de toda esta «operatividad» y de la alquimia transmutatoria, pudiendo ser también enlazado a un remedio perteneciente a la alquimia medicinal, esto es: el oro potable.

A diferencia de Rupescissa, Fabri confiere al elixir dos aspectos. De un lado habla de él como parte de la *Gran Obra* de la transmutación y de la otra lo menciona como oro potable. Y sólo alude al segundo en estos últimos términos cuando se refiere a los aspectos medicinales. Esta posición está en concordancia con la de otros físicos de su tiempo y otros puntos de vista que distinguieron entre las disciplinas de la alquimia y la de la Medicina. Fabri sigue a Alberto Magno en su *De mineralibus*, y, como él, no es nada claro, dando escasas muestras de locuacidad cuando se pone a hablar del elixir. Sí habla de que los metales contienen todos ellos una humedad radical y que ésta, extraída del metal imperfecto y digerida es el elixir. Cuando se trata de digestión, se está haciendo lo que los alquimistas llamaron limpiar las *superfluidades* y *heterogeneidades* del metal. Es la citada humedad radical la que encierra lo más íntimo de la materia. Cuando Fabri trata del oro potable dice que es la unión de dos tipos distintos de humedades radicales, capaces de eliminar las superfluidades humorales del cuerpo humano.

No era el único ni el primero, pero Fabri sabe perfectamente que partiendo de un punto de vista sumamente teórico y abusando de la retórica, hay un

campo abonado en la homogeneidad del lenguaje, los argumentos cargados de silogismos y la «intertextualidad» de los conceptos, sin escapar a su coherencia teórica, a la que él vuelve siempre. Por último, no debemos de dejar de mencionar que Fabri fue uno de los primeros constructores de la teoría de un Ramon Llull alquimista, sobre todo si conocemos las relaciones de Llull con Arnau de Vilanova, su estancia en Inglaterra y sus relaciones con los reyes.

Falta decir que Fabri resultó ser una persona muy competente en cuanto a teorizar sobre la alquimia metalúrgica, dando una explicación «lógica» de la transmutación, siempre después de reconocer que él nunca había entrado a discutir las doctrinas operativas ni la Gran Obra. Como muy bien nos enseña Crisciani en el séptimo y último capítulo (*Elixir: erudizione, medicina e magia*), el conjunto efervescente nacido del interés por definir el oro potable en el siglo XIV, los múltiples ejercicios prácticos, desde Saboya hasta Roma, o teóricos, reflejan el siempre fructífero dilema entre el proceder operativo y la especulación intelectual.

Estamos, pues, ante un excelente trabajo histórico e historiográfico, puro y nítido. Gracias a la labor de estudiosas como Chiara Crisciani o Michela Pereira, otra excelente historiadora de la alquimia y la filosofía medieval, sacando a la luz textos como el que ahora es tratado, definiendo un periodo tan áspero y una materia tan delicada, capaces de ensombrecer a un Julius Ruska o a un Marcelin Berthelot, volvemos a disfrutar del mismo hecho que acaeció con Fabri. Investigadoras como ellas nos hacen sentir que grandes historiadores de la alquimia pueden ser saboreados en el momento presente.

MIGUEL LÓPEZ PÉREZ

Universidad Complutense de Madrid

Lluís CIFUENTES i COMAMALA. *La ciència en català a l'Edat Mitjana i el Renaixement*, Barcelona-Palma de Mallorca, Universitat de Barcelona-Universitat de les Illes Balears, [Col·lecció Blanquerna], 2002, 410 pp., ISBN: 84-8338-314-4.

Uno de los programas de investigación más fructíferos de la historiografía de la ciencia y de la técnica medieval durante la última década, ha sido el estudio del fenómeno que ha venido a denominarse como «vernacularización de la ciencia», es decir: el análisis del uso progresivo de las lenguas maternas como vehículos de difusión del saber científico. Un fenómeno que hasta finales de la edad moderna, convive con la utilización casi exclusiva del latín en los círculos universitarios.

El estudio de los textos medievales en lenguas vernáculas no es una línea de análisis estrictamente nueva. De hecho, se asienta en la labor de erudición realizada por disciplinas como la filología, originalmente alejadas de la historia de la ciencia, y que sin embargo configuraron los cimientos del medievalismo clásico. Si inicialmente esta tradición historiográfica priorizaba casi en exclusiva el estudio de los textos literarios, gradualmente fueron gozando de mayor protagonismo textos dedicados a temas muy variados: religiosos, jurídicos, etc., incluyendo los científico-técnicos. La mirada del medievalismo clásico hacia estos textos, solía responder a dos intereses. Por una parte, potenciaba el enriquecimiento del patrimonio léxico de una determinada lengua. Por otra, contribuía a visibilizar su patrimonio cultural mostrando, en toda su grandeza, la capacidad de una lengua de decir el mundo, de hacer orden simbólico. Con cierta frecuencia, estos intereses se pusieron al servicio de proyectos nacionalistas de variado tipo y a menudo contrapuestos entre sí. La identificación forzada de estado con nación, y de ésta con una única lengua, promovieron una visión de la lengua como donadora exclusiva y máxima depositaria de identidad nacional. Esta visión, fácilmente podía dar lugar a trabajos que tomaran como objeto de estudio realidades territoriales o lingüísticas que poco tienen que ver con el plurilingüismo que caracteriza la edad media. Por poner un ejemplo extrapeninsular, no puede valorarse la producción científica vernácula en las islas británicas, sin considerar y reconocer el enorme papel que jugó en esos territorios el francés anglonormando.

En este libro, Lluís Cifuentes recoge los mejores cimientos del medievalismo clásico y los pone al servicio de planteamientos de la historiografía de la ciencia actual. Una historiografía de la ciencia que no entiende como «naturales» las formas históricas de expresión de la ciencia, sino que las interroga. Y lo hace buscando en esas formas significado, dotándoles de valor heurístico. En este sentido, puede decirse que el autor nos ofrece aquí una contribución a la historia con la lengua catalana, haciendo que ésta fluya como fuente para la historia de la ciencia entre finales del siglo XIII y principios del XVI. Sin renunciar a la erudición más exquisita, este libro cultiva con éxito el difícil registro que busca un público lector culto, pero no necesariamente especializado. La cuidadosa edición que exhibe es un signo más del respeto hacia los textos que está en la base de esta obra, de la coherencia con que su autor trabaja el vínculo entre contenido y forma.

El libro se divide en dos partes. En la primera, que supone una introducción a lo que es, de hecho, el núcleo fundamental de la obra, Cifuentes presenta, para el caso del catalán, los grandes temas que el fenómeno de la vernacularización plantea, especial aunque no exclusivamente, en relación a

los textos dedicados a aspectos del cuidado de la salud, tanto animal como humana. Es en esta área donde el fenómeno de la vernacularización se manifiesta con una intensidad mayor en la Europa latina, con la excepción del castellano. Una cuestión que está, como señala Cifuentes, directamente relacionada con la implantación progresiva de un nuevo sistema sanitario en el que las nuevas ocupaciones, especialmente las extrauniversitarias, dan lugar a un público nuevo que posee demandas textuales y lingüísticas específicas. La prontitud e intensidad con la que este proceso se realiza en los territorios de la antigua Corona de Aragón, donde se sitúa el dominio lingüístico del catalán, explicaría la rapidez y el dinamismo de esta lengua en dar respuesta a estas necesidades. Lógicamente, el fenómeno de la vernacularización no se produce automáticamente ante la existencia de un público sino gracias a quienes traducían al catalán del latín, del hebreo, del árabe o de otras vernáculos, o de quienes se decidieron a escribir en esa lengua obras originales. Cifuentes reconstruye las líneas generales del proceso de traducción de textos con contenidos científicos, así como el de producción de obras originales, tanto de las manuscritas como de las que se publicaron en las primeras imprentas.

La segunda parte del libro aborda propiamente el análisis de la amplia gama de géneros científicos que Cifuentes ha detectado circulando en catalán, ya sea porque los textos se han conservado, ya sea porque conocemos su existencia a través de referencias externas que han permitido su identificación, no siempre fácil. El autor divide esta sección en dos capítulos, distinguiendo temáticamente entre los textos dedicados a la salud y el resto de disciplinas que explicaban, modificaban o describían el mundo natural. El primero, analiza las traducciones y las obras originalmente en catalán agrupadas por temas, desde las grandes compilaciones médico-prácticas a los tratados quirúrgico-anatómicos o la medicina veterinaria. A pesar de las inevitables simplificaciones, que son incluso deseables en aras a ofrecer una perspectiva general, Cifuentes distingue sub-géneros cuando éstos son significativamente diferenciables. Lo mismo sucede en el largo capítulo dedicado a las ciencias y técnicas no sanitarias, en que cada uno de los nueve grandes epígrafes se subdivide, a su vez, para visibilizar una gran variedad de temas. Encontramos aquí desde la filosofía natural hasta la cartografía, la geometría o la agronomía, pasando por la magia, la astrología, la astronomía o la alquimia.

Con este libro, el autor nos ofrece una contribución muy importante a la historia de la vernacularización de la ciencia en el occidente latino. Y no sólo por su valor intrínseco, sino también porque para lenguas como la castellana, la francesa, la italiana o la inglesa, no existe un libro que aborde este tema con la perspectiva globalizadora y temáticamente equilibrada que Lluís Cifuentes

ha adoptado. Sólo cabe esperar que futuras ediciones de textos nos permitan profundizar en este primer panorama transversal y analizar con mayor detalle todos y cada uno de los géneros científicos que se expresaron, en la edad media y el renacimiento, en lengua catalana. Una tarea ardua para la que, en mi opinión, esta obra marca sin duda un punto de inflexión. Pienso que es una obra que debemos agradecer especialmente a su autor, que ha asumido el riesgo de elaborar los resultados, ineludiblemente parciales, de un verdadero y sólidamente cimentado programa de investigación.

MONTSERRAT CABRÉ I PAIRET
Universidad de Cantabria

Tiziana PESENTI. *Marsilio Santasofia tra corti e università. La carriera di un «Monarcha Medicinae» del Trecento*, Treviso, Antilia [Centro per la Storia dell'Università di Padova], 2003, 683 pp. ISBN: 88-87073-46-5. [30 €].

Si hay una constante en historia de la medicina medieval, es que casi ninguna de las afirmaciones en negativo que la historiografía mantiene, pueden sostenerse cuando se trabaja con seriedad sobre ellas. Donde leíamos que no había nada de interés, lo que había era, en la mayor parte de los casos, simple ignorancia, más o menos disfrazada de problema heurístico o metodológico irresoluble. Y ahora le toca el turno a la segunda mitad del siglo XIV, a los años que fueron dejados de lado por la historiografía médica como simples testigos de la esclerotización y agotamiento del galenismo escolástico. O, ¿no fue así? Y parece que este libro se encarga de enseñarnos que no, que sí, de verdad, se presta atención a las fuentes de este período, es posible contar otra historia.

A lo largo de más de seiscientas páginas, Tiziana Pesenti nos demuestra el vigor del galenismo latino de la segunda mitad del XIV y su empeño en ofrecer respuestas originales a los problemas de salud, tanto en el ámbito académico como fuera de él. Y lo hace tomando como hilo conductor a una larga dinastía de médicos, los Santasofia, encarnados de manera ejemplar en la figura de Marsilio de Santasofia. El título del libro es, en cualquier caso, engañoso porque promete mucho menos de lo que da. Es cierto que la biografía profesional de Marsilio vertebró el trabajo, pero se trata de una historia de múltiples personajes, médicos y no médicos, donde los secundarios tienen mucho más que una frase en el guión. También es una historia de manuscritos. Y es que

los que trabajamos en el mundo medieval estamos acostumbrados a relacionarnos por igual con los actores y con los objetos, obligados a no entender las diferencias canónicas entre lo cultural y lo social, entre lo vivo y lo inerte. Y también es una historia de la historia que se acerca con la misma atención crítica a falsos cronistas que inventan genealogías fantásticas como a la rica erudición decimonónica italiana y germánica.

El libro comienza en Padua y, a través del comentario de Mondino da Cividale al libro primero del *Canon* (1316), reivindica este centro como receptor de lo que Luis García Ballester denominó el «nuevo Galeno», colocando así al estudio patavino en la estela de Montpellier, París y Bolonia. En este contexto sitúa al patriarca de los Santasofía, Niccolò (+ *post* 1351) y a sus dos hijos Giovanni (c. 1330-1389) y Marsilio (c. 1338-1405). Resulta muy interesante que la coherencia familiar de esta saga de médicos que se extiende hasta el siglo XVII, se confirme de la mano de una colección de recetas elaborada por Niccolò y reordenada y difundida por Giovanni. De hecho, pasará a ser conocido como recetario de *quidam doctores de Sancta Sophia* (p. 106). A través de la elaboración y uso de este recetario, Pesenti, nos ofrece un rico panorama de relaciones entre distintos médicos y de éstos con otras formas de curación. Creo que es muy sugerente el reflexionar sobre el papel que un texto, validado en la práctica, cumple como confirmación de un linaje y carta de presentación social, de una familia de médicos universitarios. Pero, será el comentario, el género académico por excelencia, la piedra sobre la que se apoyará un juego de carreras profesionales que se dividirán entre la corte y la universidad. Carreras profesionales que no son fáciles de seguir y que Pesenti reconstruye llevándonos con Marsilio de Padua a Siena, de aquí a la promesa de Florencia para acabar en Pavía, y de nuevo a Padua, aunque pronto retome la *peregrinatio academica* que le dirigirá a Florencia, esta vez sí y por tres cursos (1393-1396), y vuelta a Pavía. Más tarde, tras la muerte de su protector Gian Galeazzo en septiembre de 1402, lo que ya parecía el definitivo regreso de Marsilio a Padua, se convierte en un paréntesis de meses al haber aceptado enseñar en el estudio boloñés el curso 1404/05. Y Bolonia va ser su último destino, puesto que falleció en enero de 1405 y fue enterrado en esta ciudad.

Esta compleja peripecia personal está cuidadosamente documentada atendiendo tanto a sus aspectos personales como a un amplio marco cultural y político, utilizando una variedad impresionante de fuentes y de bibliografía secundaria. Tanto es así que, a veces, el lector se olvida del texto principal para bucear en la riquísima información ofrecida a pie de página en las notas. Pero, el manejo de casi doscientos manuscritos que se incluyen en el índice, no impide una atención exquisita al detalle que únicamente la lectura atenta a los

mismos permite. Y esto sólo puede hacerse desde una formación técnica impecable y a lo largo de muchos años. Aspectos de la vida, no sólo de la de los autores de los textos que recogen los manuscritos sino de los que los copian, de los colegas en el claustro universitario y fuera de él, de sus patrones, de los alumnos a quienes van dirigidas las exposiciones y de los distintos propietarios de los mismos, van apareciendo a partir de rastros de muy difícil seguimiento.

Estos materiales y la rica documentación de archivo permiten, por ejemplo, reconstruir las relaciones de Marsilio y de su obra con las nacientes universidades transalpinas (pp. 185-213). O reconocer en el fondo Vaticano actual la biblioteca original de Marsilio a través del inventario de 1410 de los libros de su hijo Daniel, también médico (pp. 135-137). O el reconocimiento de los contenidos reales, tal como fueron expuestos en las aulas, de un curso académico a través del seguimiento de las distintas manos, cuadernos y filigranas de algunos de los manuscritos analizados (pp. 175 y ss.). O, cumplir el objetivo de lo que fue uno de los motores del libro: el establecimiento del *corpus* médico de Marsilio en fuentes manuscritas, así como el detallado análisis de la producción, tradición y difusión de las mismas.

Es interesante ver el método de trabajo utilizado: Pesenti se toma en serio todo lo que lee. Me explico. Pesenti se acerca con una meticulosidad, un respeto y un rigor impecables a las fuentes que maneja. El que a Marsilio se le llame *monarcha medicinae*, por ejemplo, no es despachado como mera pompa de un momento histórico concreto sino que el término laudatorio es analizado cuidadosamente para establecer que se trata de una denominación específica reservada al médico más destacado de su generación. El que en el contrato que le ofrece a Marsilio el estudio de Florencia, aparezca la fórmula *pre aliis edoceri*, le llama la atención a Pesenti pues al comparar con otros contratos, en estos aparece constantemente otra fórmula, la de *utiliter edoceri*. Dado el volumen impresionante de materiales manejados, esta diferencia podía haber pasado inadvertida o ser tenida como un irrelevante capricho notarial, sin embargo, Pesenti piensa que la desaparición del *utiliter* puede no ser azarosa e indaga sobre esta diferencia como si fuera fundamental para su historia. Y finalmente, este pequeño detalle sumado a otros muchos le sirve para tirar del hilo y argumentar, por un lado, la posición excepcional de Marsilio en el panorama docente de su tiempo y, por el otro, señalar las precauciones que se tomaron en el estudio florentino para no herir la dignidad de los otros miembros del claustro (pp. 227-236). Pero, la minuciosidad no se detiene en el estudio de los contenidos de las fuentes, sino que se aplica con igual decisión y buenos resultados al análisis de las características físicas de las mismas. Y con este

cuidado y una exquisita sensibilidad hacia lo que las palabras y los objetos pueden decir, Pesenti reconstruye pacientemente la vida académica de Giovanni y Marsilio.

De la misma manera que se presta atención al peregrinaje académico de Marsilio, las relaciones de éste con las distintas casas italianas, especialmente con las de Padua y Pavía, son analizadas con amplitud. Y, de hecho, Pesenti dedica un capítulo a deshacer el mito histórico según el cual Marsilio habría sido traidor a su patria patavina para pasar al servicio de Gian Galeazzo Visconti (pp. 219-246). La reconstrucción minuciosa con toda la base documental disponible de los movimientos físicos e intelectuales de Marsilio entre 1387 y 1389 permiten afirmar sin duda que «*[I]a sua fu dunque una peregrinatio academica, non il vagare di un fuoriscito, e tutto in essa smentisce ogni illazione di tradimento*» (p. 246). Es frecuente la insistencia en justificar el periplo vital de Marsilio en base a razones exclusivamente académicas rechazando razones de tipo político. Y no se trata de ingenuidad por parte de la autora, puesto que la toma de partido por un grupo u otro, es el telón de fondo que explica los movimientos de otros médicos cortesanos. Sin embargo, dada la fuerte relación personal de Marsilio con Gian Galeazzo y las ambiciones expansionistas de éste, cuesta pensar que Marsilio no tomó una parte más activa en la compleja política de su tiempo. La introducción por parte de Pesenti, del tema de la *amicitia* en el sentido clásico y de elementos de etiqueta que proceden de las relaciones de vasallaje, ayudan, en cualquier caso, a entender las relaciones de los médicos en la corte más allá de aquellas lecturas históricas que han presentado la ambición y el dinero como motores de estas relaciones, en un sentido no sólo muy reduccionista sino posiblemente anacrónico.

Esta fascinante historia personal y profesional se va desgranando al tiempo que se analiza la labor intelectual de los Santasofía, especialmente de Marsilio en sus distintos comentarios al *Canon*, *Tegni* y Aforismos, prestando especial atención a un contexto no sólo académico sino cultural más amplio. Para facilitar el seguimiento de este análisis, el volumen incluye en unos cuidados apéndices, entre otros, la edición de un *Metodus de regimine sanitatis in tempore pestilentiali* (p. 321), la exposición *Super primo Tegni* (p. 355) y de los proemios y *dubia* de dos comentarios diferentes que realizó Marsilio sobre los aforismos. Este último apéndice incluye una comparación muy útil con las *dubia* expuestas por Tadeo Alderotti sobre el mismo texto (p. 483). Se incluyen asimismo unos índices de personas y lugares que facilitan el uso de una obra tan ambiciosa. Sin embargo, no ha sido muy feliz el sistema de citación de notas elegido. Dado su volumen y riqueza informativa, hubiera sido deseable una bibliografía final que permitiera reconocer rápidamente la fuente citada.

Antes de acabar con un análisis de la fortuna de la obra de Marsilio en la imprenta, Pesenti nos ofrece un panorama general sobre qué era ser un médico humanista en la segunda mitad del siglo XIV. No se trataba de perseguir un empeño filológico como sucedería en el XV, sino una familiaridad con los aspectos retóricos y literarios de las escuelas de Artes y con autores clásicos latinos, como Séneca, por ejemplo. De hecho, Marsilio entra a polemizar sobre el significado del «*aliud agentibus*» de la carta de Séneca a Lucilio (pp. 602-606). «*Magna pars vitae elabitur male agentibus, maxima nihil agentibus, tota vita aliud agentibus*». Como bien demuestra este trabajo, está claro que Tiziana Pesenti ha reformulado en positivo ese *aliud*, llenándolo de entusiasmo y buen hacer.

FERNANDO SALMÓN
Universidad de Cantabria

Agustí NIETO GALÁN; Antoni ROCA ROSELL (coords.) *La Reial Acadèmia de Ciències i Arts de Barcelona als segles XVIII y XIX. Història, ciència i societat, Barcelona*, Reial Acadèmia de Ciències i Arts de Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2000, 384 pp. ISBN: 84-393-5287-5.

Hace más de treinta años que Roger Hann diseccionaba la anatomía de la Académie des Sciences de Paris. Desde la aparición de su estudio modélico sobre una institución que fue a su vez modelo para otras muchas, el interés por este tipo de análisis detallados de la estructura, la composición y el funcionamiento de sociedades y academias científicas, pero también de instituciones de enseñanza e investigación como universidades o facultades, se ha constituido en uno de pilares más estables de la historia social de la ciencia. Es en esta tradición en la que Agustí Nieto Galán y Antoni Roca i Rosell sitúan el volumen colectivo dedicado a la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona (RACAB).

El volumen se abre con dos textos introductorios destinados a definir el contexto cultural e institucional en el que surge la RACAB y, con ello, señalar algunas de las claves interpretativas de la aparición de esta nueva institución en el escenario científico y técnico de Europa, España y Cataluña y el modo en que, en el contexto concreto de la Barcelona del último tercio del siglo XVIII, esta enésima academia de ciencias logró definir su función y sus actividades durante las primeras décadas de existencia. En el primero de ellos, Agustí Nieto Galán nos ofrece varias miradas complementarias que sitúan a la RACAB

en escenarios como el de los equilibrios entre centros y periferias en Europa, pero también dentro de cada nación, donde las periferias locales organizaban sus propias estrategias frente a los centros dominantes política y culturalmente. También apunta en su estudio aspectos relevantes de actividad de la RACAB, como la importancia que en ella tuvieron las ciencias experimentales y que se concretó en la formación de laboratorios y colecciones de física, química e historia natural, o el modo en que la RACAB asimiló y difundió en su entorno más inmediato el discurso sobre las aplicaciones de estas ciencias a las artes y la agricultura, a través de varias estrategias de proyección pública en la ciudad de Barcelona. El segundo, de Pere Grapí Vilumara, sitúa a la RACAB en la tradición de las Academias científicas surgidas en Europa desde finales del siglo XVII, destacando la existencia de una pluralidad de modelos institucionales adoptados en cada contexto nacional, que hace de la singularidad del caso de la RACAB en el territorio español una norma.

En las cuatro secciones siguientes, que constituyen el núcleo del volumen, se alternan estudios sobre periodos concretos de la evolución de la institución con capítulos dedicados a disciplinas, personajes o actividades concretas. Esto confiere al volumen una considerable riqueza en los aspectos tratados —públicos, académicos y profesores, actividades de enseñanza e investigación, espacios e instrumentos, interacciones y negociaciones con grupos sociales, poderes políticos e instituciones coetáneas y competidoras— pero dificulta considerablemente algunas lecturas deseables. Por ejemplo, la que nos permita obtener una visión global y renovada de la evolución de la institución durante el periodo objeto de estudio. Son varios los autores que analizan los años fundacionales de la RACAB. Manuel García Doncel, por ejemplo, nos narra el zigzagueante camino seguido por el grupo de diecisiete socios fundadores de lo que inicialmente fue una tertulia científica autodenominada Conferencia Físico-Matemática Experimental, que apenas un año más tarde sería transformada en cuerpo de expertos al servicio de la Corona y que a punto estuvo de convertirse en institución de enseñanza científica y técnica, antes de adquirir, en 1770, la denominación de Real Academia de Ciencias Naturales y Artes. En el otro extremo, Antoni Roca Rosell describe la actividad de la RACAB en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, cuando trató de reformular su función dentro de comunidad científica y la sociedad catalana con acciones como la creación de los «serveis» científicos. Pero, para todo el siglo XIX, es el lector o lectora quien tendrá que construir su propia síntesis a través de los trabajos que desde diferentes perspectivas centran total o parcialmente su objeto de estudio en este periodo. Este es el caso del estudio de Fransesc Barca Salom que nos ofrece un repaso de la labor docente de la RACAB desde sus orígenes hasta su declive ante la aparición de las nuevas facultades de ciencias

a mediados del siglo XIX. Un rasgo distintivo del contexto en el que surge y define su actividad la RACAB es sin duda la ausencia de una Universidad y, por tanto, de la institución tradicionalmente encargada de la enseñanza superior. La labor docente desempeñada por las instituciones científicas que crecieron y compitieron en Barcelona por este espacio educativo vacío cobra una importancia especial en este contexto.

Los lectores pueden también ayudarse en esta tarea con la lectura de los capítulos dedicados a estudiar la actividad de las diferentes «direcciones» que conformaron la RACAB. Agustí Camós lo hace para la de Historia Natural hasta mediados del siglo XIX, mediante un trabajo basado en la biografía de los académicos adscritos a la Dirección de historia natural y en su actividad científica y profesional dentro y fuera de la RACAB. Desde una perspectiva similar, aunque en este caso limitado a la segunda mitad del siglo XVIII, Pasqual Bernat estudia la dirección de agricultura. Una dirección que surgió en parte como una imposición de la corona al incluirla en los estatutos de la nueva Real Academia de Ciencias Naturales y Artes, tal y como fue establecida en 1770, pero que fue rápidamente apropiada por el grupo de académicos que la compusieron, para integrarla en su propia estrategia de promoción social y para desarrollar desde ella una intensa tarea que Bernat analiza a través del fondo de memorias, dictámenes e informes todavía conservado. Complementando en el tiempo los dos textos anteriores, Joseph Maria Camarasa traza la evolución de las actividades desarrolladas en el seno de la RACAB dentro de un área, la botánica, transversal en muchos aspectos a las direcciones de historia natural y de agricultura.

Los coordinadores de este volumen destacan en esta colección de trabajos la voluntad de hacer avanzar los estudios sobre la academia de ciencias de Barcelona desde allí donde se detuvieron esfuerzos anteriores como el de Josep Iglèsies en los años sesenta. Y lo consiguen, sobre todo, al integrar la abundante historiografía que desde entonces ha cambiado el modo de abordar el estudio de la «anatomía» y la «fisiología» de las instituciones científicas y de las Academias en particular. Pero el propio volumen deja constancia de la importante tarea que queda por realizar. En el último capítulo, Rosa María Sarabia expone de forma esquemática el contenido del enorme fondo documental de la RACAB. A las fuentes normativas y administrativas, fundamentales para adentrarse en la organización, financiación y funcionamiento de la institución, se une una extensa y rica colección de memorias, trabajos, informes y dictámenes, que dan cuenta de la variada actividad de sus miembros en un amplio abanico de cuestiones científicas y técnicas. Una documentación que, sin embargo, las contribuciones a este volumen apenas han comenzado a

utilizar de manera sistemática, tal y como pone de manifiesto la lectura transversal de las notas a pié de página. La presencia mayoritaria de fuentes normativas, reproducidas incluso en los apéndices documentales del volumen y de algunos capítulos, contrastan con la escasa relevancia de algunas series documentales especialmente importantes.

Entre los documentos conservados hay series tan valiosas como los registros de inscripción, certificados y diplomas de los alumnos asistentes a los cursos, que permitirían un estudio de las funciones y las percepciones de la Academia a través del perfil de sus públicos asistentes. Aparte de algunos datos cuantitativos ofrecidos por Barca Salom, el único trabajo realizado desde esta perspectiva es el de Lluís Gassiot i Matas en el que, a partir de fuentes indirectas, pues no se conservan registros para esos cursos, se estudia el perfil del público asistentes a los cursos de Tomás Cerdá al frente de la cátedra de matemáticas del Seminario de Nobles de Cordelles. El objetivo es analizar la influencia que este autor pudo tener en la formación de la Conferencia de Física Experimental, germen de la futura RACAB. Más éxito han tenido los documentos y expedientes de los miembros de la academia, fuentes tradicionales para los estudios prosopográficos, ineludibles en el análisis de instituciones científicas. Son varias las contribuciones que hacen uso de estas fuentes para ofrecernos noticias biográficas o listas y tablas de los miembros de alguna de las direcciones o clases, pero pocos los que las analizan desde una perspectiva comparada que desvele el perfil social, profesional o científico de los académicos a lo largo de periodos más o menos largos. Alvar Martínez y José Pardo Tomás se hacen eco de la necesidad de este tipo de estudios al mencionar el reducido pero significativo grupo de miembros de la RACAB que lo fueron también de la Academia Médico Práctica de Barcelona. El trabajo se centra, sin embargo, en uno de ellos, Jaume Bonells, y en el doble papel mediador que éste médico del duque de Alba tuvo entre la voluntad de un gobierno central interesado en fomentar pero también controlar la actividad de instituciones ilustradas como las fundadas en Barcelona y los intereses locales de los grupos profesionales y sociales que las impulsaron, por un lado, y entre las propias instituciones locales, en este caso el de las dos academias, médica una y científica la otra, en su afán por definir su espacio dentro de una importante ciudad privada de Universidad. Quizás el trabajo que mejor recoge esta aproximación y que mayor uso hace de las fuentes documentales conservadas sea el de Carles Puig-Pla sobre los primeros socios artistas de la RACAB, las normas establecidas para su admisión y el perfil del grupo que finalmente constituyeron en el seno de la Academia, hasta 1824. Podríamos citar como último ejemplo el escaso tratamiento que han recibido las fuentes materiales que la Academia atesora. Quizás la información sobre las colecciones de histo-

ria natural que Camarasa ofrece en su capítulo sobre la botánica en la RACAB sean las únicas referencias a los instrumentos, máquinas y colecciones que conformaron la cultura material de esta institución.

Sirva este último comentario final para reivindicar la importancia que la recuperación, catalogación y difusión de estas colecciones tiene para el estudio de las actividades desarrolladas por instituciones como las Academias científicas. Los coordinadores de este volumen y los autores de los estudios que lo componen nos lo han mostrado a través de sus referencias y les animamos a que dediquen a ello los próximos trabajos sobre esta institución.

ANTONIO GARCÍA BELMAR
Universitat d' Alacant

Vincent BARRAS ; Micheline LOUIS-COURVOISIER (eds.). *La médecine des lumières: Tout autour de Tissot*, Genève, Georg Editeur [Bibliothèque d'Histoire des Sciences, n.º 3], 2001, 358 pp. ISBN: 2-8257-0704-X [Fr. 50.00].

El origen de la monografía que paso a reseñar fue la serie de conferencias que, en 1997, conmemoraron los 200 años de la muerte del célebre médico ilustrado suizo Samuel-Auguste Tissot. La veintena de ensayos publicados en este volumen dan cobertura a las más diversas aproximaciones al pensamiento de Tissot y a la época y ambiente que le tocó vivir: sus trabajos, su esfera de influencia, su formación y personalidad, sus epistolarios, incluso sus aficiones y proyectos. Todo ello se combina para analizar el «universo Tissot».

Tras la introducción y presentación del volumen por parte de los editores, el profesor Roy Porter inicia la obra analizando de manera exhaustiva un concepto clave y reiterado en la historiografía de la Ilustración: la «idea de progreso». El optimismo ilustrado, ejemplificado en el mundo médico por el propio Tissot, marca el inicio de lo que los historiadores hemos denominado «modernidad». El trabajo de Porter, centrado en el mundo anglosajón, estudia la difusión y repercusión de los trabajos del médico helvético en las islas.

La obra consta de cuatro grandes apartados que incluyen textos, contextos, actores, teoría y práctica de la medicina en el siglo XVIII.

En la primera parte «Medicina y Sociedad», Mathew Ramsey aborda el tema del monopolio profesional de los médicos y centra su ensayo sobre las tensiones y diferencias entre el modelo médico «liberal» británico y el «paternalista»

o «monopolístico» tutelado por el estado, ejemplificado en el continente por Alemania. Si el primero pone el énfasis en la libre elección por parte del paciente, el segundo acentúa la responsabilidad del estado en la formación de los profesionales de la medicina. En el caso del ejercicio profesional de Tissot, ambos modelos parecen estar presentes, y el médico suizo participó activamente en tan controvertido debate. En el segundo trabajo Solange Simon-Mazoyer estudia la tiranía que las modas comenzaron a ejercer sobre las mujeres, obligándolas a elegir entre la hermosura y el convento, lo que significaba en el caso de las primeras pasar por el sacrificio de soportar la esclavitud de las máscaras (pomadas, cremas y polvos realizados con productos químicos, especialmente plomo y derivados, en su mayor parte dañinos para la salud de las mujeres). Frédéric Sardet, director del archivo municipal de Lausanne, cierra este apartado, analizando las fuentes de archivo (en su mayor parte cartas manuscritas) de pacientes y colegas a Tissot y que fueron decisivas en la confección de su *Consejo al Pueblo...*

En la segunda parte «Práctica médica y teoría en los trabajos de Tissot» las cuatro contribuciones (Keel, Hamraoui, Steinke y Boschung) analizan las fuentes de estudio del autor. El método anatomoclínico, el vitalismo, Haller, Sénac, De Haen centran las influencias en la formación y la práctica clínica de Tissot. Así, irritabilidad, animismo y mecanicismo fueron corrientes que ocuparon buena parte de la abundante correspondencia del médico suizo con sus colegas europeos.

Las aproximaciones prosopográficas centran la tercera parte del texto: «Los actores de la medicina». Lawrence Brockliss afronta el estudio de la correspondencia entre los cuatro grandes médicos francófonos: Sauvages, Villars, Calvet y Tissot en un periodo en el que se constituyeron en París la Real Academia de Medicina (1731) y la Sociedad Real de Medicina (1776), instituciones que tuvieron especial protagonismo en los conflictos profesionales de la segunda mitad de siglo. Daniel Teyssseire analiza las aficiones de Tissot por la botánica y las antigüedades. Jacques Gélis estudia las fuertes discusiones que sobre la competencia (planes de estudio y formación) en el monopolio de los partos mantuvieron matronas y obstetras (con sus respectivos grupos profesionales detrás) a lo largo del siglo XVIII en Europa. Rieder, Barras y Louis-Courvoisier focalizan sus ensayos en los procesos sanadores de la vida cotidiana donde se relacionan hábitos, valores morales, obligaciones y supersticiones de las clases populares en la Suiza de la Ilustración.

Finalmente la cuarta parte de la monografía está dedicada a «Textos y contextos» de Samuel Tissot. Las extravagancias esotéricas de su *Tratado de los nervios*, la interpretación de John Wesley de las teorías onanistas y las conver-

saciones y círculos intelectuales de Lausanne en la segunda mitad del siglo dan forma y contenido al «universo Tissot» que pretende desentrañar el texto.

La monografía concluye con el análisis de un ensayo inédito de Tissot sobre el proyecto de creación de una «Escuela Clínica» a cargo de Valérie Gaist y una previa reflexión de Olivier Faure sobre la vigencia del proyecto médico ilustrado.

En resumen, el texto ofrece una excelente síntesis en lengua francesa de la cultura médica del siglo de las Luces. Los diversos autores analizan los valores imperantes en materia de salud y enfermedad, el trabajo de los sanadores (reglados o empíricos) y su percepción por parte de los pacientes. Contribuye, también, a desentrañar un poco más ese halo «enigmático y ambiguo» del que hablan los editores en la introducción en la obra y vida de Samuel Tissot. Un excelente ejemplo de cómo hacer historia en ese imbricado mundo de «medicina, sociedad y cultura».

MIKEL ASTRAIN GALLART
Universidad de Granada

José Vicente MARTÍ; Antonio REY (eds.). *Antología de textos de Félix Martí Ibáñez*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2004. ISBN: 84-482-3690-4.

This volume —a challenge to review not only because of the broad scope of articles reproduced but also because of the different stages in the life experience of their author— constitutes the first anthology of Félix Martí Ibáñez's writings to incorporate texts from the mid-1930s up to the end of his life. Martí Ibáñez, psychiatrist, anarchist doctor and historian of medicine, saw his professional and political activities radically altered upon his exile to New York in 1939, where he lived the rest of his life. The republication of his works falls neatly into the on-going «recuperation of historical memory», particularly of the 1930s workers' movement, silenced by the Franco regime and the democratic pacts of the transition towards democracy. The post-Civil War period of Martí Ibáñez's life and writing corresponds to very different realities and aspirations, a period up to 1972, his death, which reflects professional success and, at first sight, concerns very different from those voiced during his «anarchist period». However, the literary style of Martí Ibáñez, florid and expressive, before 1939 and his engaging humanism both continued throughout his life.

We are presented here, therefore, with the life and work of one of the many radicals who were forced to leave Spain, driven out by the advancing fascist troops commanded by General Franco. The mixture of idealism, commitment and, ultimately, tragedy, make for an arresting read. The book opens with an excellent overview, preceded by a brief prologue written by Josep Lluís Barona on the life and times of Martí Ibáñez. The social, political and medical context of the early twentieth century are captured in this essay and their interconnection makes for the impossibility of reading medicine and science as domains unrelated to wider realities. Furthermore, the connections between science, progress, rationalism and anarchism are made explicit. An analysis of his works and a bibliography follows.

The selection of Martí Ibáñez's works departs with sections of his 1935 thesis on the history of mystical Indian psychology and physiology through to his contributions to anarchist reviews such as the Valencia-based *Estudios*, to works on the history of medicine and to literary compositions. We learn that from early days, when Martí Ibáñez was a medical student and during his thesis writing, he was, according to his doctoral thesis supervisor E. García del Real, one of the few students who remained behind after class to discuss matters raised during the lecture. We learn of the aspirations of the young, idealistic doctor and, with a degree of prescience unfortunately to be fulfilled too early on, that «Martí Ibáñez, probablemente, verá reducirse considerablemente sus afanes históricos y las posibilidades de realizarlos en un porvenir más o menos remoto. Mientras llegan esos días tristes, dejémosle volar y animémosle con frases de estímulo y de aplauso» (p. 73).

The eclecticism of Martí Ibáñez is displayed by his thesis topic, a testimony to his remarkable knowledge (at the age of 24!) and ability to fuse concerns relating to medicine, literature, social movements and quasi-spiritualism. The literary aspects of his work, often with Cervantine and other seventeenth-century traits, discussed elsewhere and presented in this volume by Julián Bravo Vega, are seen in short sections reproduced from his novel *Yo, Rebelde* (1936). His eulogy of Spring's arrival is typical of his prose: «Sigo mi búsqueda y continuo descubriendo la primavera. La encuentro en la tierra del parquecillo, caliente y del color de miel, en una matuja polvorienta y enfermiza, pisoteada por los chiquillos, que ya lanza dos florecillas azules, en las macetas de geranios que desde el balcón de la Casa de Familia me lanzan su apagada mirada roja (...)» (pp. 97-98).

The combative but always humanistic revolutionary aspects of Félix Martí Ibáñez's work is well represented here and placed within the context of his appointment by the anarcho-syndicalist CNT to take the role of Director of

Sanitat i Assistència Social (SIAS), the Catalan Generalitat department, from late 1936 through to May 1937. During this period, Martí Ibáñez was the architect of the abortion decree of December 1936 (reproduced on pp. 135-142), campaigns against venereal disease and eugenics, and the planned but never apparently realised *liberatorios de prostitución*. The revolution in medicine and sexuality promoted by the CNT in this period is praised by Martí Ibáñez, not without a degree of triumphalism: «La Revolución ibérica ha significado aparte de la subversión de las antiguas estructuraciones sociales, una renovación de los valores espirituales de nuestro país y la creación de un subsuelo histórico esponjoso de humanismo, sobre el cual florecen nuevas y felices iniciativas» (p. 107). Medical care and hospitals were rationalised and socialised under the CNT (p. 119).

Perhaps one of the most innovative, but to this reviewer's mind, flawed attempts at history that Martí Ibáñez was to engage in was what would later be termed «psycho-history». His essay *Psicoanálisis de la Revolución Social Española* (1937) charts the developmental stages of the Revolution from infancy to maturity, passing through the requisite oedipal stage (pp. 157-181). The tragedy of the doomed projects contained in this social revolution, one the most profound to take place in Western history, is brought home by Martí Ibáñez's article «Y...España», published in the New York review *Ariel, Revista de Hechos e Ideas*, established by the anarchist doctor in Los Angeles. *Ariel* forms a bridge with his activity in Spain and urges the world not to forget the Spanish tragedy (p. 37).

Once in the United States the professional activity of Martí Ibáñez takes another turn and one sees a progressive detachment from Spain and from the anarchist movement that once claimed many of his efforts. Despite the occasional article in the exiled CNT's *Solidaridad Obrera* Martí Ibáñez now consolidated his position as Director of the Department of Medical History in New York Medical College and wrote extensively on medical history and dedicated many efforts to novel writing. It was necessary, he wrote, to describe, interpret and express the history of medicine. But it was not sufficient to merely recount dates, facts and times; on the contrary, he wrote, «debe ser una presentación de la realidad histórica imaginativa en la forma y realista en el contenido, si se desea convertir la historia en lo que Ortega y Gasset llama *entusiasta intento de resurrección*» (p. 225).

On reading this extraordinary collection of works by Félix Martí Ibáñez one cannot but be struck time and time again by the overt commitment to a better world, through the arts and through the practise of enlightened medicine that is contained in every word that Martí Ibáñez wrote. Finally, one

cannot but smile and muse when Martí Ibáñez talks of the contents of his review *MD* as an elaborate dish composed of rice and other ingredients, one that far surpassed the standard but not-so-humble Valencian *paella* («Ese proceso de cocina literaria es comparable al realizado en Valencia, donde se prepara el arroz a banda, un arroz superior a la enciclopedia policroma que es la paella y a la acuarela que es el arroz con pollo») (p. 218). While the milieu in which Martí Ibáñez moved in the 1930s —amongst revolutionaries— altered (he was photographed alongside members of «high society» such as Gina Lollobrigida), the dream still remains: «Con este espíritu, el generoso aliento del médico norteamericano y las humildes pero sublimes herramientas de la palabra y la imagen sobre la inmaculada albura de la página de papel, *MD* continuará dando vida a la urdimbre de un ensueño» (p. 223).

RICHARD CLEMINSON
University of Bradford

Esteban RODRÍGUEZ; Rosa BALLESTER; Enrique PERDIGUERO; Rosa María MEDINA; Jorge MOLERO. *La acción médico-social contra el paludismo en la España metropolitana y colonial del siglo XX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas [Estudios sobre la ciencia, 32], 2003, 488 pp. ISBN: 84-00-08184-6.

Nos encontramos ante una monografía colectiva que recoge los resultados de un proyecto de investigación sobre «La lucha sanitario-social contra el paludismo en la España del siglo veinte», financiado por el programa de Promoción General de Conocimiento del Ministerio de Educación y Ciencia (PB 94-0813-C03). Los autores analizan las principales estrategias antipalúdicas desarrolladas por la administración sanitaria española en el territorio metropolitano y las colonias africanas de Marruecos y Guinea Ecuatorial. El espacio temporal abarca la primera mitad del siglo XX, pero destaca la atención prestada al período de entreguerras, un momento clave en la organización de la lucha contra el paludismo. La obra aparece estructurada en un prólogo, siete capítulos y unos anexos donde se recogen cuatro interesantes textos contemporáneos que nos trasladan a la diversidad de factores y situaciones que acompañaban el problema palúdico en la España de aquellos años. Además, a lo largo del texto aparece intercalado un completo y notable aparato de tablas, gráficas e ilustraciones.

Bajo el título de «Paludismo, medicina científica y sociedad», Esteban Rodríguez Ocaña y Rosa Ballester Añón, sitúan el problema del paludismo en

el contexto de la evolución de los conocimientos científicos y técnicos, y de la moderna salud pública. Dedicamos una atención especial al papel que ejerció la Fundación Rockefeller, a través de sus convenios de colaboración sanitaria con España y, en general, al carácter transnacional que caracterizó a la lucha antipalúdica. Como apuntan ambos autores, la lucha antipalúdica ayudó a legitimar un estilo de ejercer la medicina basado en el laboratorio, contribuyó a configurar la estructura básica de la sanidad pública, y se convirtió en un ejemplo de medicina social en acción. El capítulo se completa con unas relevantes reflexiones que aportan, a modo de adelanto, algunas de las conclusiones que se derivan de los resultados expuestos en los capítulos subsiguientes. El control del problema palúdico aparecería ligado a la modernización social y económica que vivió la España rural en las décadas centrales del siglo XX. Dicho de otro modo, «el fin de la epidemia [...] no fue solo deudor de novedades terapéuticas y de los insecticidas, sino que fue inseparable de la modificación del medio social rural español». Asociación que permite enfatizar la vinculación de lo socioeconómico con lo agroecológico y su importancia para explicar la prevalencia del paludismo en términos históricos, pero también en la dimensión actual que le otorga su condición de enfermedad reemergente en amplias zonas del planeta.

Los capítulos segundo («La organización de la lucha antipalúdica en la España metropolitana») y tercero («La labor dispensarial: observatorios contra el paludismo»), firmados el primero de ellos por Esteban Rodríguez Ocaña, Rosa Ballester Añón y Enrique Perdiguero, y el segundo por Esteban Rodríguez Ocaña, Enrique Perdiguero y Rosa Ballester Añón, presentan las líneas directrices que guiaron la lucha antipalúdica en la España metropolitana y el papel que jugaron los dispensarios antipalúdicos. La falta de fuentes históricas que permitan seguir de forma adecuada las actividades desarrolladas por la Dirección General de Sanidad, representa, en opinión de los autores, un obstáculo importante para alcanzar los objetivos planteados. Tras recordar algunos de los antecedentes más importantes de la lucha antipalúdica en España, y subrayar de forma merecida el papel desempeñado por la figura de Gustavo Pittaluga, se analizan los presupuestos que guiaron las actividades llevadas a cabo por la Comisión para el Saneamiento de las Comarcas Palúdicas (1920-1924) y la Comisión Central Antipalúdica (1924-1934), además del Servicio Técnico de Paludismo (1934-1949) o los Servicios de Epidemiología Parasitaria (1949-1963). La lectura de los diferentes apartados pone de manifiesto las dificultades con las que tropezaron los intentos de institucionalización de la sanidad pública y su dependencia respecto a los avatares políticos que le tocó vivir a la sociedad española del período objeto de estudio. Sólo con la Segunda República y en el marco de su reforma sanitaria, se produjo la

convergencia de la lucha y la organización antipalúdica con otras tareas médico-sociales. La labor dispensarial se configuró como una de las estrategias centrales. Frente a las grandes medidas de saneamiento, en el caso español se optó por dispensarios-laboratorios dirigidos a la asistencia y el tratamiento. El retraso con el que se abordó de una forma sistemática la lucha antipalúdica en España, permitió contar con la experiencia y los resultados de las acciones y los recursos con que se había abordado el problema en otros países. A partir de la experiencia fundacional de Talayuela (1920-1922), los dispensarios permitieron una acción médico-social sistemática, al permitir un reconocimiento de los ambientes palúdicos, la detección exhaustiva de los enfermos, la aplicación de tratamientos gratuitos y vigilados, y la puesta en marcha de medidas encaminadas a combatir los mosquitos. Unas interesantes reflexiones sobre el recrudecimiento palúdico que acompañó la guerra civil y la epidemia de posguerra, completan este apartado.

Los capítulos cuarto («Manejo terapéutico y profilaxis de elección: quina y fármacos sustitutivos»), cuya autoría corresponde a Rosa Ballester Añón, Esteban Rodríguez Ocaña, y Rosa María Medina Doménech, y quinto («La higiene ecológicida: guerra contra los mosquitos»), firmado por Esteban Rodríguez Ocaña, Enrique Perdiguero y Rosa Ballester Añón, abordan la naturaleza y características de los recursos terapéuticos que se utilizaron a lo largo de la campaña, y las medidas que buscaban erradicar los mosquitos. Entre los resultados que más llama la atención, hay que destacar las dificultades en la normalización de los tratamientos y la falta de colaboración de los pacientes para seguir las pautas terapéuticas, a pesar de la aplicación de medidas coercitivas. El apartado titulado «higiene ecológicida», nos ofrece una lectura que puede aportar reflexiones que ayudan a entender desde la perspectiva histórica, las limitaciones que ofrecen las visiones reduccionistas del problema palúdico. El capítulo finaliza con unas informaciones que ayudan a recordar la trascendencia socioeconómica de los problemas de salud y enfermedad como los que acompañan al paludismo, y la importancia de su prevención. Se analizan los costes económicos que supuso la enfermedad palúdica y su desproporción con los recursos que se dedicaron a financiar las campañas antipalúdicas.

La monografía se completa con dos sugerentes capítulos dedicados a analizar el problema del paludismo en los espacios coloniales del protectorado español de Marruecos y Guinea Ecuatorial. El primero de ellos, con el título de «Militares, *moros* y mosquitos: el paludismo en el protectorado español de Marruecos (1912-1956)», está firmado por Jorge Molero Mesa; y el segundo, titulado «Paludismo, explotación y racismo científico en Guinea Ecuatorial (1900-1939)», por Rosa María Medina Doménech. Ambas investigaciones de-

nuncian el uso de la intervención antipalúdica en el proceso de segregación de la población nativa. En el caso de Marruecos, el factor indígena se transformó en el vector principal del paludismo. La actuación sanitaria española estuvo condicionada, desde las limitaciones y la precariedad de la administración colonial, por la preocupación de las autoridades metropolitanas de importar enfermedades a la península. En el caso de Guinea Ecuatorial, que llegó a servir de campo de experimentación de algunas quininas e insecticidas, además de la ausencia de una campaña antipalúdica organizada, la principal actividad se centró en el «sometimiento» de la población indígena, a través del diagnóstico hematológico de nativos varones en edad productiva. La aplicación de medidas como las que podían informar un saneamiento integral, suponía cuestionar las condiciones de explotación colonial, y exigía la colaboración de los terratenientes para mejorar la agricultura y las condiciones de vida de las poblaciones autóctonas. Dos fueron las causas principales que explicarían la prevalencia del paludismo en aquellas tierras africanas. En primer lugar, la alteración del ecosistema provocada por la tala masiva de árboles y la extensión de terrenos cultivable. En segundo lugar, la disrupción social que comportó una política colonial explotadora responsable de la depauperación de la población dedicada a tareas agrícolas y de los desplazamientos a los que se vio sometida.

Factores como los que apunta Rosa Medina en su capítulo, continúan mostrando su actualidad en muchas de las enfermedades infecciosas que golpean a los países más subdesarrollados. Reflexiones como las que acabamos de apuntar, o las que se recogen en los otros apartados de la monografía que estamos reseñando, otorgan a las investigaciones históricas un interés y una utilidad que merecen ser destacadas. Lo indicábamos al comienzo de la reseña, la lectura de esta obra colectiva, más allá de las indudables novedades historiográficas que aporta, puede proporcionar claves interpretativas que ayuden a entender el drama de las enfermedades infecciosas emergentes y reemergentes que están condicionando el panorama sanitario mundial, y, aquello más importante, apuntar las soluciones que, como ocurrió con el paludismo en el caso español, permitan su control y erradicación. Acción sanitaria sí, pero también progreso socioeconómico y redistribución equitativa de la riqueza y de los recursos. En futuras investigaciones sobre el problema histórico del paludismo en España, convendría profundizar, quizás desde la plataforma de los estudios locales, en los efectos de la acción combinada de ambos elementos.

JOSEP BERNABEU MESTRE
Universidad de Alicante

Barron H. LERNER. *The Breast Cancer Wars. Fear, Hope, and the Pursuit of a Cure in Twentieth-Century America*, Oxford, Oxford University Press, 2003, 391 pp. ISBN 0-19-516106-8 [\$16,95] [ed. en tela (2001): ISBN: 0-19-514261-6]

El cáncer de mama es actualmente uno de los mayores problemas de salud pública en los países desarrollados. En las mujeres se trata del tumor más frecuente y de la primera causa de muerte por cáncer. Pero más allá de datos objetivos y cuantificables, esta enfermedad se singulariza por afectar de lleno a la imagen corporal femenina. En efecto, por su asociación con la sexualidad, la intimidad y la maternidad, el pecho ha sido calificado como el «signo más obvio de femineidad» (Marilyn Yalom, 1998).

The Breast Cancer Wars constituye una espléndida monografía sobre la lucha contra el cáncer de mama en los EE.UU. durante el siglo XX. Barron H. Lerner la estructura en un bloque único de 14 capítulos, aunque en la obra pueden distinguirse tres partes bien diferenciadas; además de un capítulo introductorio (cap. 1), un epílogo (cap. 13) y la posdata (cap. 14) que el autor ha agregado a la edición, en rústica, aquí reseñada. En la primera parte (caps. 2 a 6), se ofrece una síntesis magistral sobre la historia médica de esta afección y sus tratamientos, utilizando como principal hilo conductor la introducción, difusión y declive de la mastectomía radical de Halsted; una técnica quirúrgica puesta a punto por el cirujano estadounidense William S. Halsted (1852-1922) en 1898 y que dominó la escena terapéutica hasta mediados de los años setenta. La segunda parte (caps. 7 a 10), en cambio, está escrita desde la perspectiva de la historia de las pacientes; y el protagonismo del relato lo acaparan por derecho propio las mujeres afectadas por el cáncer de mama que, al filo de los años setenta, irrumpieron en escena reclamando su derecho a saber sobre la enfermedad que les afectaba y a tener la última palabra en el momento de decidir acerca del tratamiento que se les había de aplicar. En la tercera parte (caps. 11 y 12), finalmente, se reflexiona en torno a las enseñanzas que cabe extraer de un siglo largo de debates e innovación en el tratamiento de esta enfermedad, y a la actual y controvertida cuestión de la relación entre el cáncer de mama y la genética.

Las diversas partes de la monografía de Lerner están perfectamente ensambladas, pese a que, como cabe esperar, susciten temas bien dispares. En efecto, sobre la primera parte (hasta 1970) gravitan los debates biomédicos sobre la naturaleza, causas y patogenia del cáncer y las innovaciones diagnósticas y terapéuticas frente el cáncer de mama, con atención específica al impacto —creciente a partir de 1960— de los ensayos clínicos aleatorizados y de la

epidemiología clínica en el establecimiento de los tratamientos de elección. En contraste, la segunda parte gira en torno a una doble rebelión de las pacientes de cáncer de mama —frente al sexismo propio de la sociedad patriarcal y frente al paternalismo médico como principio básico de la relación médico-paciente— cuyos orígenes se enmarcan en la amplia revuelta social de 1968. Más específicamente, esta rebelión es presentada como resultado de la confluencia entre el movimiento feminista —aquí personificable en la red de activistas, trabajadoras del sector de la salud y organizaciones de base que cristalizó en torno al *Women's Health Movement*— y la contestación social frente al modelo tradicional de relación clínica, dentro de la cual las mujeres afectadas por el cáncer de mama aparecen como un ejemplo particularmente temprano y sobresaliente de desafío al paternalismo médico por parte de la sociedad civil estadounidense.

Lerner analiza cuidadosamente las fases de esta revuelta, desde la cruzada personal contra la mastectomía radical de pioneras como Rose Kushner, hasta la actualidad. De acuerdo a su relato, a partir de los años setenta, el frente de batalla originario (mujeres-pacientes *versus* hombres-cirujanos) se desdibujó de forma gradual como consecuencia de la maduración del activismo contra el cáncer de mama. Ello condujo al establecimiento de nuevas alianzas entre cirujanos, otros médicos, pacientes y organizaciones como la *American Cancer Society*, desde las cuales se comenzaron a impulsar estudios acerca de cómo el diagnóstico y el tratamiento del cáncer de mama afectaba a las vidas individuales de las mujeres. En las décadas siguientes, se desarrolló una sofisticada estrategia colectiva de sensibilización y acción de médicos, mujeres e instancias gubernamentales en torno a esta afección, dentro de la que el papel jugado por las asociaciones de mujeres con cáncer de mama no ha dejado de crecer.

Entre los logros de la rebelión de las mujeres con cáncer de mama en los EE.UU, me gustaría destacar cuatro directamente relacionados con la bioética, el movimiento asociativo de los/as pacientes, la innovación terapéutica y la economía política de la salud, respectivamente. Es importante subrayar, en primer lugar, que los orígenes del derecho al consentimiento informado, uno de los derechos básicos de los pacientes universalmente reconocidos —siquiera formalmente— en el ámbito de la práctica médica occidental, se retrotraen a las leyes reguladoras del derecho de las pacientes de cáncer de mama a recibir información sobre todas las opciones terapéuticas a su alcance que, a partir de 1979, se introdujeron de forma progresiva en distintos estados de la Unión. Tampoco está de más recordar —ahora que el movimiento de pacientes tiende a identificarse, casi automáticamente, con la fabulosa movilización en torno al VIH/sida a partir de los años ochenta—, el papel pionero de las mujeres con

cáncer de mama en el movimiento asociativo de pacientes con enfermedades crónicas. Por otra parte, cabe también considerar deudor de esta rebelión al desarrollo experimentado por la cirugía rehabilitadora desde los años setenta y sobre todo en el transcurso de los ochenta, por el papel pionero que las mujeres mastectomizadas jugaron en la vindicación del derecho a la reconstrucción de su imagen corporal. Finalmente, la lucha de las mujeres afectadas por el cáncer de mama está poniendo de manifiesto las limitaciones de la biomedicina, el modelo actualmente hegemónico en las ciencias de la salud; un modelo que en el campo de las investigaciones sanitarias se traduce en una epidemiología de riesgo que indaga hasta la saciedad los factores de riesgo individuales de carácter biológico y conductual, mientras ignora sus interacciones y significación a nivel medioambiental y social.

En junio de 2003, se celebró en Pamplona el cuarto congreso nacional de la Federación Española de Cáncer de Mama (FECMA, <http://www.fecma.org/>). La participación de una representante (Carolina Hinestrosa) de la *National Breast Cancer Coalition* (NBCC, <http://www.natlbcc.org/>) estadounidense nos permitió a los asistentes tener noticia de primera mano sobre las actividades de esta poderosa federación de asociaciones de cáncer de mama actualmente integrada por unas 600 organizaciones y 70.000 activistas y que está jugando, desde su establecimiento en 1992, un papel clave en la lucha contra esta enfermedad en el conjunto de los EE.UU. En su intervención en aquel foro la Sra. Hinestrosa destacó tres de los logros más recientes en el haber de la NBCC: (1) la decisión por parte del ministerio de defensa estadounidense de financiar programas de investigación sobre cáncer de mama; (2) la redacción de un proyecto de ley para establecer centros de investigación de excelencia en causas medioambientales por parte del Instituto Nacional de Ciencias de la Salud y del Medio Ambiente; y (3) la participación de la NBCC en el comité federal que decide las prioridades de investigación en cáncer de mama en los EE.UU., dentro del cual cuentan con cuatro de sus veinte integrantes (un 20%), junto a científicos, clínicos y gestores públicos.

En conclusión, la FECMA y el conjunto de las asociaciones de pacientes de enfermedades crónicas que en los últimos años se encuentran activas en nuestro país con creciente visibilidad política y mediática, pueden aprender mucho de las experiencias de otros movimientos asociativos de pacientes con trayectoria más dilatada, como es el caso de las mujeres estadounidenses con cáncer de mama. El estudio histórico comparado de movimientos de pacientes de diferentes enfermedades en distintos países constituye un magnífico instrumento para que los/as historiadores/as de la medicina, mediante un trabajo de reconstrucción crítica de genealogías, podemos contribuir, siquiera modes-

tamente, a su autoconciencia y «empoderamiento» —si se acepta este vocablo en desuso como traducción de otro inglés, *empowerment*, bien significativo en la historiografía más reciente. Al fin y al cabo, los retos que estos movimientos han de afrontar son tan grandes y dispares —y el de su desarrollo autónomo en un contexto extremadamente medicalizado no es el menor de ellos—, que sólo una amplia alianza liderada por los/as pacientes puede movilizar las energías precisas para superarlos en las mejores condiciones.

JON ARRIZABALAGA
CSIC-IMF, Barcelona

Consuelo MIQUEO; Concepción TOMÁS; Cruz TEJERO; M.^a José BARRAL; Teresa FERNÁNDEZ; Teresa YAGO. *Perspectivas de género en salud. Fundamentos científicos y socioprofesionales de diferencias sexuales no previstas*, Madrid, Minerva Ediciones, 2001, 254 pp.

El libro «Perspectivas de género en salud. Fundamentos científicos y socio profesionales de diferencias sexuales no previstas» representa una buena aproximación a las relaciones entre salud y género, si bien esta es un área de conocimiento en continuo avance, fundamentalmente en lo que se refiere a temas relacionados con la salud de las mujeres y con la posición de las mismas en los servicios sanitarios. El texto está estructurado en tres partes.

La primera parte incluye las aportaciones de tres autoras dedicadas a revisar conceptos teóricos aplicados a la salud y a los servicios sanitarios. El capítulo de M.^a Luz Esteban «El género como categoría analítica. Revisiones y aplicaciones a la salud», usando el punto de vista de la antropología feminista, revisa conceptos centrales de la teoría feminista y la evolución de su aplicación a la salud en las tres últimas décadas. Es lo que hace la autora con conceptos tales como sexo, género y mujer. El sexo ha sido entendido como aquello que es biológico y, por tanto, viene dado en cada sujeto de forma inmutable, obviándose que admite variaciones históricas y culturales. El desarrollo de una idea de género que se postula universal y olvida el fundamento relacional del concepto, cambiante según los contextos témporo-espaciales. La definición de la categoría «mujer» homogénea y uniforme que contribuye a invisibilizar la diversidad y la complejidad de las mujeres. En todos los casos el feminismo debe revisar los conceptos que está utilizando, ligados exclusivamente con las experiencias de mujeres y hombres en la cultura occidental. Esto pasa por la incorporación de la clase social, la edad, el grupo étnico, etc., al análisis de las

desigualdades en salud entre mujeres y hombres, contemplando la interacción dinámica entre todas estas categorías.

Teresa Ortiz en su texto «El género, organizador de profesiones sanitarias» hace un análisis histórico de la asignación de hombres y mujeres a las diferentes profesiones del campo de la salud y de las relaciones de poder que se producen en este ámbito. Muestra la construcción androcéntrica de la medicina a través de la historia, copada por hombres y por valores masculinos, en tanto las mujeres quedan excluidas de la profesión médica y representadas solo en profesiones sanitarias con menor poder. El capítulo recoge la aparición de asociaciones de médicas a mediados del siglo XIX como consecuencia de las dificultades encontradas por las mujeres para integrarse en las asociaciones existentes. Las médicas se organizan en otros países y, algo más tarde en España, con el fin de fortalecer su identidad y, en ocasiones, para dotarse de herramientas de influencia y poder.

En el capítulo «Estrategias de promoción de la salud», Lucía Mazarrasa Alvear, pone en conexión el feminismo y la promoción de la salud por cuanto ambos movimientos ponen la mirada en lo social como origen y solución a los problemas derivados de las desigualdades, y también ambos persiguen el empoderamiento de las mujeres. Sin embargo, en los documentos en que se define la estrategia de promoción de la salud resulta evidente la ausencia de un enfoque de género. Entre sus componentes esenciales, la autora dedica atención a los servicios de salud y a su reorientación con el fin de mejorar la salud de las mujeres. Cuando examina las posibles intervenciones que se pueden hacer desde los servicios sanitarios con una óptica de género y de promoción de la salud, señala la necesidad de desplazar el énfasis de lo biológico a lo psicosocial y de un modelo de relación profesional-paciente paternalista a otro más igualitario. Para la autora, la posición de hombres y mujeres en la sociedad es diferente, sin que esto sea en sí mismo un problema, el cual aparece al surgir desigualdades de dichas diferencias. A mi juicio, en la situación actual de las mujeres las diferencias son inseparables de las desigualdades. En este sentido, no se cuestiona la existencia de rasgos «femeninos» diferentes en las mujeres sino de como estos se enfrentan en la vida diaria. Así, desde una óptica de promoción de la salud, se debe plantear la necesidad de que las mujeres compartan los roles de cuidado o eviten el estrés debido a las cargas familiares, pero sin plantear la posibilidad de que las mujeres tengan libertad para cuestionar si desean o no asumir esos roles, algo que sería más acorde con la idea de empoderamiento.

En su segunda parte, el libro persigue deconstruir un conjunto de sesgos inherentes a la construcción del conocimiento científico que son la causa de

que se produzcan desigualdades de género desde los servicios sanitarios. Los diferentes capítulos enmarcan y explican la aparición de algunas ideas en su contexto histórico, señalando la necesidad de hacer una relectura crítica de la ciencia médica desde la teoría de género.

Consuelo Miqueo, en su capítulo «Semiología del androcentrismo. Teorías sobre reproducción de Andrés Piquer y Francois Broussais», nos introduce en la crítica que la historia de la ciencia ha realizado sobre la supuesta objetividad y universalidad de la misma, rescatando el papel del sujeto que crea conocimiento. Según la autora, históricamente se ha ignorado el papel del género por la homogeneidad de los científicos, todos varones, y por la ausencia de una teoría que diera cuenta de esta categoría como elemento que contribuye al carácter del conocimiento generado. Pero, seguramente, la ausencia de mujeres en la ciencia y en la medicina no es solo consecuencia de la ignorancia del papel de sexo-género en la ciencia y del monopolio de esta por los varones, sino que existe una relación circular y dialéctica entre estos factores y la exclusión e invisibilización de las mujeres, y los estudios de la mujeres surgen de la ruptura de fuerzas en un equilibrio previamente existente. La autora plantea una serie de hipótesis sobre el androcentrismo de la ciencia. Basándose en las aportaciones de varios autores del siglo XVIII pone de manifiesto como se produjo la aplicación de los principios de organización y jerarquía social según el sexo a los fenómenos naturales ligados a la reproducción humana.

En su capítulo «Genes, género y cultura», M.^a José Barral cuenta como las ciencias naturales han buscado distinguir a los individuos entre e intra especie y, paralelamente, establecer una jerarquía social basada en la diferente dotación genética o cromosómica en que se basaba la clasificación y relativizando la influencia del ambiente en la aparición de la enfermedad. Actualmente ha resurgido el determinismo genético que responsabiliza a los genes del comportamiento humano y contribuye a legitimar el orden social discriminatorio según sexo o etnia, obviando que existe una interacción entre ambiente y genes cuyo resultado es único en cada persona.

Teresa Ruiz analiza en el capítulo «Igualdad de oportunidades en los servicios sanitarios: sesgo de género como determinante de la estructura de salud de la comunidad», la existencia del sesgo de género en la asistencia médica y las causas del mismo. Estas responden a dos tipos de errores que invisibilizan la realidad acerca de la salud de las mujeres. El primero es pensar que hombres y mujeres son iguales cuando en realidad son diferentes, lo que ha conducido a ignorar riesgos y enfermedades que son específicas de sexo o de género. El segundo es creer que existen diferencias cuando no existe

igualdad, error que supone, por ejemplo, no valorar determinadas quejas o síntomas de las mujeres en toda su magnitud.

La mirada androcéntrica de la medicina, tanto en su vertiente investigadora como asistencial, ha conducido a la existencia de estos dos sesgos, y debe ser trascendida para no seguir incrementado las desigualdades de género en la salud.

Carmen Valls en el capítulo «El estado de la investigación en salud y género» parte del mismo planteamiento que Teresa Ruiz, y expone la necesidad de incorporar el sexo, además del género, en el análisis de la salud de las personas. La medicina debe trabajar con un modelo que incluya categorías ambientales e individuales tales como clase social, etnicidad, cultura, género, edad, carga genética y riesgos adquiridos. El capítulo también analiza como los estereotipos de los profesionales de la salud contribuyen a construir un conocimiento epidemiológico determinado que está sesgado en sus observaciones clínicas. Todo ello indica la necesidad de modificar los currícula de los estudiantes de medicina para incorporar aspectos relativos al sexo y al género y así mejorar la atención a las mujeres.

La tercera y última parte del libro contiene tres capítulos dedicados a analizar como puede aplicarse la teoría de género a la práctica médica. Por un lado, este enfoque permite reinterpretar algunas dimensiones de la salud de las mujeres con connotaciones particulares, en las que el género debe ser tenido en cuenta para resignificar esos aspectos de la salud y reorientar las intervenciones sanitarias, y, por otro lado, los servicios de salud se están modificando por la presencia de las mujeres.

En el capítulo «El género y los esquemas de referencia en salud mental», Ana Távora analiza el tipo de abordaje que realizan los profesionales de la salud mental de acuerdo con su marco de referencia, y como este se modifica cuando ese marco incluye el enfoque de género. Cuando las profesionales cuestionan el rol de las mujeres e interpretan sus demandas y quejas como malestares debidos a su posición social, ellas mismas se sienten cuestionadas como mujeres y se establece una interconexión entre el enfoque que se hace de las pacientes y el que se hace de la experiencia propia. Finalmente expone la experiencia y la potencialidad de los grupos de terapia con mujeres para producir cambios que les faciliten descubrir sus propios deseos y resignificar los síntomas como expresión de sus roles de género.

Mercè Fuentes escribe «Salud reproductiva y salud integral de las mujeres. Reflexiones desde la práctica en asistencia primaria» donde repasa la historia reciente de la asistencia a la salud reproductiva de las mujeres que empezó en

la década de los 70 en los centros de planificación familiar y posteriormente se realiza a través de los programas de atención a la mujer que, en la mayor parte del estado, llevan a cabo matronas y ginecólogos y no profesionales de atención primaria, lo cual implica para la autora dos cuestiones. Por un lado, que la atención a la salud de las mujeres está desagregada en parcelas y, por otro, que se ha sobredimensionado la salud reproductora y se produce, por el contrario, una falta de atención a otros problemas no ginecológicos y/o de carácter preventivo.

En «Trayectoria profesional e identidad de género. Reflexiones personales», M^a Jesús Murria narra su experiencia personal y profesional, al entrar en contacto, inicialmente, con un modelo masculino de la medicina que le produjo un rechazo, por sus formas y por su fondo, en la relación con los pacientes. Sus relaciones con mujeres legas o profesionales de la medicina, unido a su propia experiencia y al aprendizaje de algunas lecturas, le permiten ir descubriendo dos formas diferentes de enfrentar el trabajo clínico y adscribirse a un tipo de práctica que pone en el centro al paciente y su vivencia de la enfermedad. Finaliza su capítulo analizando la evolución que están siguiendo las mujeres que desempeñan puestos de responsabilidad.

ANA DELGADO SÁNCHEZ

Unidad Docente de Medicina Familiar y Comunitaria, Granada

Donna HARAWAY. *The companion species manifesto. Dogs, people and significant otherness*, Chicago, Prickly Paradigms Press, 2002, 100 pp. ISBN: 097175758.

Dentro de la colección «Paradigmas Espinosos» (*Prickly Paradigms*), editada por la Universidad de Chicago, aparece este librito de exactamente 100 páginas publicado por la feminista e historiadora de la ciencia Donna Haraway. La colección lleva hasta la fecha publicados nueve «paradigmas» que incluyen temáticas tan diversas como la revisión del impacto de la obra de Foucault (por Marshall Sahlins), el acercamiento de otro miembro destacado de los llamados Estudios Sociales (o críticos) de la Ciencia, Bruno Latour, a la cuestión de la paz, el dedicado a los Estudios Culturales y su ubicación en el espectro político (por Thomas Frank) o al impacto del 11 de septiembre (por Eliot Weinberg).

Creo que no exagero, al menos para algunas y algunos, si digo que la aparición de un libro de Donna Haraway empieza a ser un acontecimiento esperado, tal y como sucedía, en su momento, con la producción de Michael

Foucault. Se trata de una expectación a mi entender estimulada por el carácter provocador y esperanzado de su obra, intensamente comprometida con la búsqueda rupturista con los modelos dicotómicos de pensar en los que se asienta nuestra cultura occidental. Pero la expectación también se alimenta por el uso de una metodología del «bricolage» muy libre para las restricciones que impone la academia y, también, por la gracia peculiar de una escritura superficial en apariencia pero cargada de profundidad crítica en la que combina con audacia la prosa académica más al uso entre los denominados *cultural studies* con pedazos de un diario de la narradora. Se esté o no de acuerdo con el proyecto de Haraway hay que reconocer que este libro, de apenas un centenar de páginas pequeñas, da mucho material para pensar (o repensar) cuestiones humanas de gran envergadura aunque sin duda para leerlo así hay que soltar muchos amarres, lo cual no es tarea fácil.

Aunque probablemente la autora no esté de acuerdo en autoetiquetarse así, yo me atrevería a señalar este texto como una importante contribución a la escritura de la diferencia, no sólo feminista sino, también, a la propuesta amplia que esta posición implica desde un punto de vista tanto epistemológico como ontológico. Es decir, que su obra nace de la voluntad del entender el mundo desde el «entredós», de adoptar lo «relacional» como categoría analítica para lanzar con honda una piedra de largo alcance epistémico: la indagación en la diferencia —más allá aún de lo que la antropología denomina la otredad— y de formas de pensar no binarias. Además, aunque no se comparta el gusto por los perros, u otros animales de compañía —como es mi caso— su lectura anima a acercarnos a esas otras especies que nos han acompañado a los humanos —querámoslo o no— en nuestras cortísimas vidas pero ya larga historia. Porque este libro va de perros. Aunque de muchas otras cosas también, cosas que habitan otros mundos posibles. Es decir, más que una piedra, lo que lanza Haraway es un boomerang que se nos devuelve a nuestras manos.

A Haraway las historias de perros le sirven para adentrarse en ese espacio que denomina *naturcultures*. En ese espacio se reúne lo carnal y los significados, los cuerpos y las palabras, las historias narradas y los mundos (p. 20). Al igual que en su *Ciencia, cyborgs y mujeres, la reinención de la naturaleza* (Madrid, Cátedra, Colección Feminismos, 1991), los perros le sirven para reflexionar sobre temas muy diversos. La constelación teórica de la que emerge el texto de Haraway se desarrolla en los apartados *Emergent naturcultures, Prehensions, Companions y Species*, donde repasa, entre otras, la pluralidad de significados socioculturales del término especie en occidente: herencia biológica y conocimiento experto (Darwin), diferencia y causa (Tomás de Aquino) cuerpo, sangre y símbolo (catolicismo) y pago en especie (Marx y Freud). Un tropo útil desde el que

entender sus historias de perros es el de «metaplasma» que utiliza para referirse a la posibilidad de un remodelado de los códigos de la vida (p. 20).

Las historias «enmarañadas» de perros, como ella misma las denomina, que constituyen este libro serían una forma de establecer «conexiones parciales» —términos de Marilyn Strathern—, en un intento de producir las traducciones necesarias para coexistir o comunicarse o vivir armoniosamente en compañía. El objetivo de esta revuelta (el porvenir dependerá de quienes la lean) lo hace explícito «Estoy segura que una vez superemos el dilema luchar o huir frente a las naturoculturas emergentes, y dejemos de verlo todo sólo bajo el prisma del reduccionismo biológico o el de la unicidad cultural, tanto los animales como la gente parecerán distintos» (p. 31). Haraway busca producir ontologías emergentes (Helen Verran) y toma de Judith Butler esa idea de que los cuerpos que importan tienen «fundamentos contingentes», es decir, son el resultado fortuito de relaciones mutuas y no de sujetos y objetos preexistentes y unitarios (una formulación que también resuena en la teoría de la red de actores de Bruno Latour).

Era de esperar que una de las principales cuestiones a tratar al hablar de perros sea la del amor o, en un sentido más amplio, la de los vínculos, es decir ese estar cara a cara junto al otro significativo, esa intersubjetividad (o mutualismo) no implicaría necesariamente la igualdad. En *Love stories*, la autora trata de descomponer una idea que nos constituye emocionalmente y es la del amor incondicional (una difundida «fantasía neurótica»), en este caso de los perros hacia sus amos y del amor de los dueños hacia sus perros, un trato que suele percibirse como de niños queridos. De Barbara Noske, ambientalista y feminista holandesa, toma la idea de los perros como «otro mundo». A partir de la literatura contemporánea que narra historias de amos y perros, de manuales escritos por mujeres para el entrenamiento de perros y de textos de cibernautas en variadas listas de discusión sobre estos animales, plantea la crítica al fundamento emocional del amor incondicional. La relación perros-amos se constituiría sobre la confianza y el respeto que produce felicidad y satisfacción a ambos. La vida del can dependería de sus habilidades (*skill*) y capacidades para resolver cuestiones concretas más que de una fantasía problemática como es la del amor. Habla, a mi entender, Haraway de la posibilidad de una cierta ingeniería de las emociones, algo que empieza a interesar vivamente a la teoría crítica contemporánea. A través de manuales para el entrenamiento competitivo en agilidad muestra como se manufactura una relación energética que gratifique tanto a humanos como a perros. El logro de la agilidad se alcanzaría a través de la tarea de un equipo muy motivado que trabaja sin coacciones, pero conociendo la energía disponible de cada uno y confiando en el sistema de

gestos utilizados por quienes entrenan. Se trataría de una pedagogía del dominio (*bondage*) positivo, basada en el logro concreto y el dominio de la tarea mediante la conexión con el otro, atentos a lo que nos dice, una mezcla de autoridad y libertad tal y como se insiste, también, desde la teoría educativa. Para entender esta relación tampoco es suficiente, como se hace desde el movimiento por los derechos de los animales, una simple proyección del nosotros humano, como si ambos seres fueran similares. Si uno no puede conocer al otro ni a sí mismo como preexistentes, lo que sí puede es interrogarse constantemente sobre lo que está emergiendo en la relación, desde su «especificidad» —como otros significativos— y lejos de una escala que la modernidad ha construido y que clasifica a los organismos según su grado de conciencia. ¿Qué puede, pues, aprenderse de la práctica relacional del entrenamiento? Lo específico de esa relación no sería la servidumbre del animal doméstico sino la felicidad que produce el logro, el derecho a conseguirla y la posesión recíproca que la relación perras-entrenadoras (o sus masculinos) entraña.

En *Breed Stories* (p. 63) comienza una segunda parte del libro interesada en otra escala tiempo-espacio. Si hasta ahora el texto transcurría en un tiempo cara a cara, a escala mortal de las vidas individuales, esta parte explora un tiempo histórico. Toma Haraway —para evitar caer en un determinismo pesimista tanto como en un romanticismo extremo—, del feminismo de Katie Smith, la idea de que las agencias históricas se distribuyen en capas que combinan con complejidad lo local/global; de Anna Tsing el interés por los procesos de construcción de escalas transnacionales y, por último, de Neferti Tadiar el comprender la experiencia como historia de vida laboral (*living historical labor*). Así inicia el recorrido del largo trayecto histórico y geográfico de los perros pastores de los Pirineos y los Aussi australianos. Pero la idea de sumergirse en esta segunda parte no responde a un mero interés académico sino que hay que entenderla desde el proceso de autoconciencia que implica la díada perro-humano: «Conocer y vivir con estos perros implica heredar todas las condiciones de su propia posibilidad, todo lo que hace posible que exista relación con estos seres, todas las percepciones y comprensiones (aprehensiones) que constituyen las especies de compañía» (p. 81). Es decir, que nosotros incorporamos «en nuestras carnes» las conexiones de los perros y de las personas que nos hacen posibles», es decir, que «envejecemos juntos» (el «*getting on together*» que toma de Helen Verran, p. 98). A través de sus perros Donna Haraway reconoce vincularse a cuestiones de soberanía y derechos indígenas, supervivencia ecológica o económica, reforma de la industria cárnica, justicia racial, o a las consecuencias de la guerra y las migraciones y las instituciones de la tecnocultura. El tráfico histórico de estas castas de canes

muestra bien a las claras la combinación de factores biológicos y de mercado, de circunstancias históricas locales y generales, de intervenciones individuales, políticas e institucionales que constituyen estas (u otras) especies. Esta compleja relación local/global no es sólo patrimonio de perros con casta o «raza», también aquellos no registrados (el *Sato* callejero de Puerto Rico), como analiza en *A category of one's one*, encarnan una historia de tráfico material y semiótico. Encuentro el último capítulo quizá algo defensivo o, acaso, un intento de responder a lo más debatible del texto, sobre todo en cuestiones de clase y raza, pero también muy honesto por como se sitúa francamente la autora. Sus libertades literarias le permiten incluir una divertida mirada sobre las capacidades autoplacenteras de los canes.

Quienes tengan interés en buscar nuevas herramientas (y palabras) con las que pensar eso que los humanos llamamos «realidad» encontrarán en este manifiesto un refrescante tónico si no una herramienta poética para desplazar algunos de los rudimentos con los que pensamos. Puede decirse, también, que este *Manifiesto* es teoría encarnada pues Donna Haraway ha dedicado gran parte de su tiempo al entrenamiento de canes para pruebas de agilidad. Como señala con dulce ironía, el verbo se hizo carne.

ROSA M.^a MEDINA DOMÉNECH
Universidad de Granada